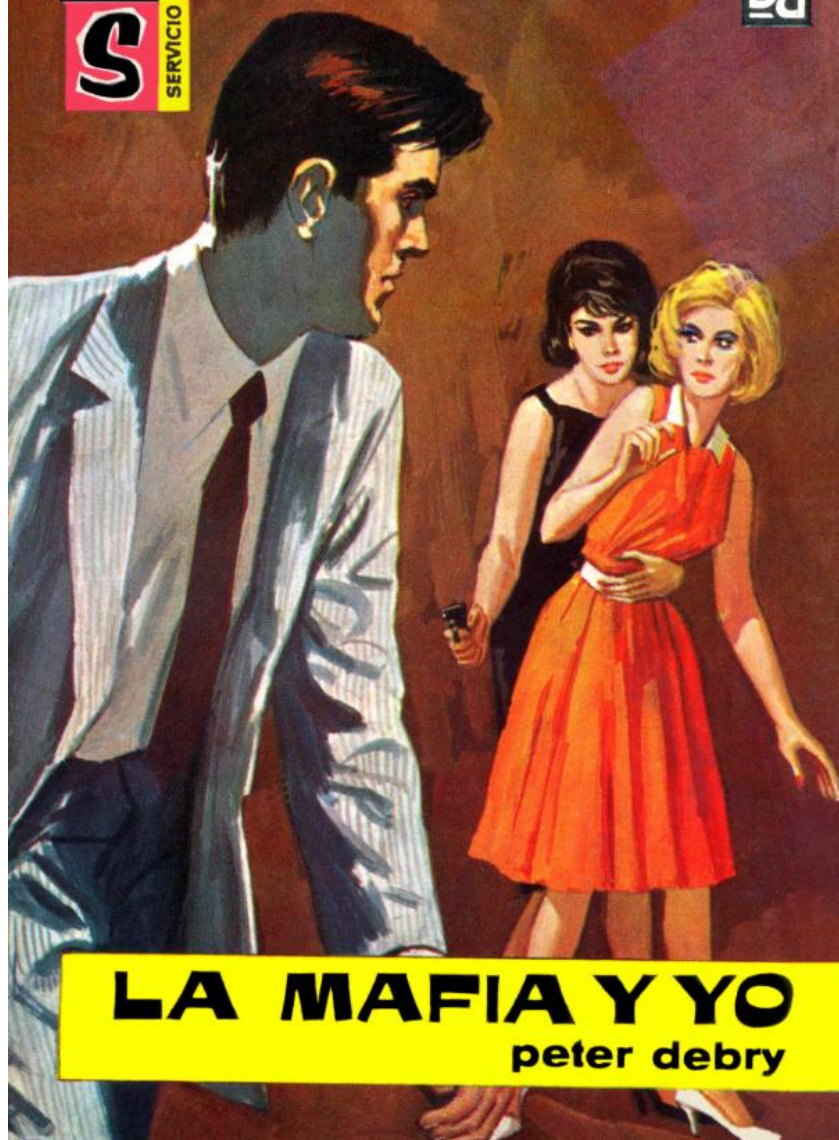
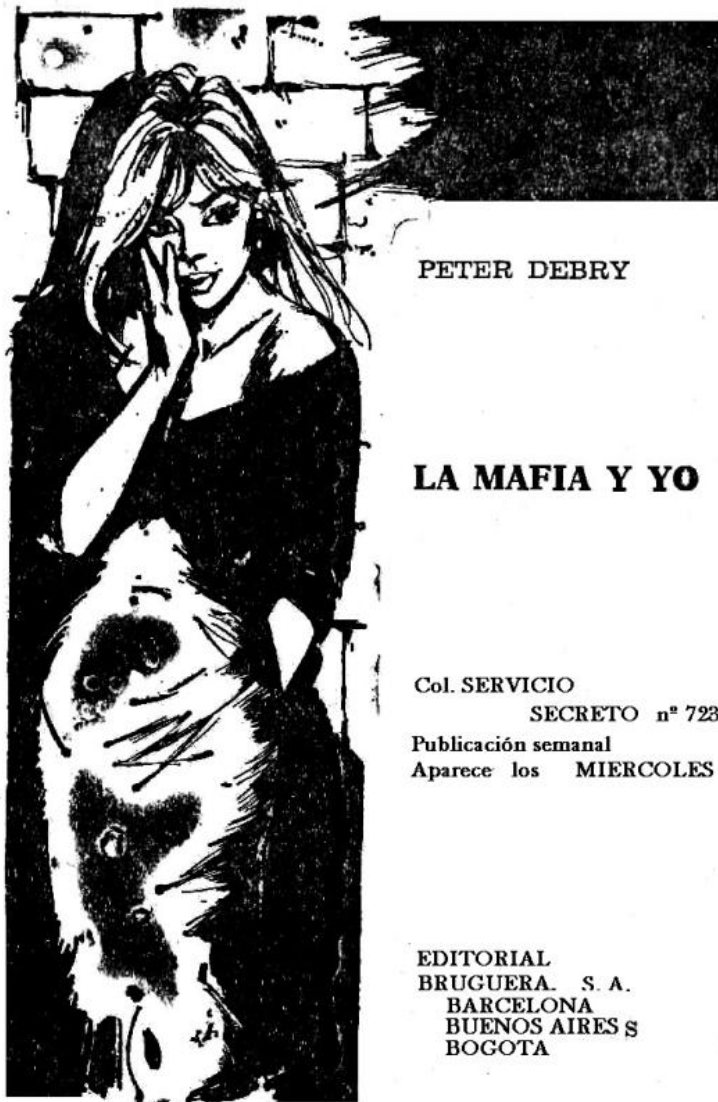




LA MAFIA Y YO

peter debry



PETER DEBRY

LA MAFIA Y YO

Col. SERVICIO

SECRETO n° 723

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA. S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES S
BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 11019-1964

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: JUNIO 1964

© PETER DEBRY - 1964
SOBRE EL TEXTO LITERARIO

©ANTONIO BERNAL - 1964
SOBRE LA CUBIERTA

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964
N. R. 1807/64

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

517. — La ruta de los pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

714. — Salvaje y tierna Sofía.

En Colección BUFALO:

229. — El fortín de los rebeldes.

En Colección CALIFORNIA:

77. — Un póker llamado muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

93. — Espuelas rencorosas.

En Colección COLORADO:

28. — Cachorro de *gun-man*.

En Colección PUNTO ROJO:

67. — F. F. ha sido secuestrada.

En Colección METRALLA:

16. — Pánico en Saint Tropez.

En Colección SELECCION SERVICIO SECRETO:

86. — La banda de la Zarpa.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

3. — Sirenas de Caracas.

CAPITULO PRIMERO

Desparramados por la Costa Azul, pululan docenas de investigadores de todo pelaje. La crema y nata de esta fauna de sabuesos está personificada por la Agencia Darc & Stone.

El anunció en los periódicos aparece en francés, italiano y anglo-yanqui. Y dice así:

“AGENCIA DARC & STONE Investigaciones
Internacionales
RIC 14-44. MARSELLA.”

Mike Darc, creador de la Agencia, es el que acumula el cerebro y la diplomacia. Yo, Max Stone, soy el que reparte y encaja, aunque Mike afirme que plasmo la acción audaz impulsada por una inteligencia. La suya.

Nuestro campo de operaciones no reconoce límites, si bien nuestro puesto de mando está en el número 14 de la calle Richelieu, en uno de los barrios más distinguidos de Marsella.

Chapurrear idiomas en el litoral de la Costa Azul es algo tan necesario en un sabueso como en un pez saber nadar. Y fue la manía de los idiomas la que me asoció con Mike.

Para mí el dominio absoluto de tres idiomas se debió a pura casualidad: mi padre era un pintor californiano, mi madre una modelo romana y se conocieron en París.

En Mike su dominio de lenguas es cuestión de puro mérito. Es un empollón y colecciona los discos “Assimil-Alfha-Linguaphone”, etc.

En una jira, el equipo de lucha libre del cual formaba yo parte se estancó en Marsella. Abandoné el cuadrilátero porque Mike me contrató. Desde entonces me mete en cada zipizape que, por comparación, reduce a un cariñoso vals el más sanguinario combate de Catch, cuando se olvida uno de los trucos y la consigna.

Mike asegura que yo soy la mecha, el percutor, el explosivo que hace brotar la llamarada de luz y por esto me sumerge en el charco sospechoso. Pronto, sin esforzarme, se forma un espantoso

remolino. Y salen a flote los tiburones que hay que ensartar.

El hecho de que Mike acapare la inteligencia, no significa que yo sea precisamente un cretino integral. A veces acierto algún rompecabezas. He ido adquiriendo pupila en este túnel tenebroso donde forcejean negros vestidos de luto. Túnel que la Prensa llama “los entretelones de la Alta Finanza” y que es el degolladero de toda clase de bandidos más o menos cultos.

Aquella tarde muy soleada del mes de junio estaba yo dándole un repaso a un disco, oyendo con deleite la acariciante voz de una española. Tengo que aprenderme el idioma, dada la inmensa cantidad de hispanoamericanos que acuden a tostarse bajo el sol más caro de Europa.

Tendido en el diván de la antesala del despacho, saboreaba las dulces frases que soltaba la española, cuando del despacho surgió Mike.

La viva imagen del diplomático. Casi parecería inofensivo, pero yo que ya voy conociéndole bien y que soy poco aprensivo, puedo declarar que se las trae.

Nació en Nueva Orleáns y por cuestiones que no vienen al caso se instaló en Marsella.

Cerrando el tocadiscos vino a sentarse en el brazal del diván y mirando la hora me espetó:

—A las cinco en punto tienes que estar junto al quiosco del andén central de la estación del Este. Lucirás un clavel blanco en la solapa y en la diestra, un ejemplar doblado del “Turf”, de modo que se vea bien el título. Hasta aquí, todo claro, ¿no?

—Clarísimo. Falta media hora para las cinco.

—La persona que ha de entrevistarse contigo comprará un “Fígaro”, lo desplegará por la página de anuncios breves. Sacará un bolígrafo, enmarcará uno de nuestros anuncios: el italiano. Tú seguirás a esta persona y escucharás lo que tenga que exponerte. Al parecer, lo que ha de exponerte es bastante asombroso, pero sea lo que sea, aceptas.

—Conformes.

—La persona que telefoneó dijo llamarse Bianchi. Señorita Bianchi.

Despertó raudo mi instinto. El de sabueso. Añadió Mike:

—Es imprescindible para ella que nadie pueda saber que se ha

puesto en contacto con nuestra Agencia. No regateó la tarifa. La condición esencial es que debemos trabajar a fondo en su caso, abandonando cualquier otro asunto que estemos llevando, entregándolo a otra agencia y pagando ella las pertinentes indemnizaciones. Resumiendo: dicha señorita Bianchi no repara en gastos.

Me puse en pie, desperezándome a gusto. Varios días seguidos de inactividad me tenían embotado. A mí me agrada el misterio. Es como internarse por un laberinto a ver qué pasa. Y cuando aparece la luz, o sea cuando llega Mike, da gusto resolverlo todo.

—Repítele, Max.

—A las cinco, emperifollado con un clavel blanco y agarrando un “Turf” me plantifico junto al quiosco del andén central de la estación del Este. Llegará una doncella...

—No sabemos si vendrá ella en persona o enviará a alguien.

—Vendrá alguien, comprará un “Fígaro” y con un bolígrafo trazará un marco en nuestro anuncio italiano. Yo oigo y luego...

Con la mano me atajó Mike la verborrea. Estaba hurgando en un armario y extrajo un “Minifón”. Un trasto estupendo. Funciona con un cable como un fideo, cabe en el bolsillo y tiene cuerda para una hora. El micrófono parece una lenteja y se incrusta tras el ojal de la solapa.

—Grabarás la charla y dirás que estás conforme.

—¿Y si no estoy conforme? Recordarás aquella cubana que me trajo loco buscándole a su tercer marido y luego resultó que era soltera. Estaba más lunática que una tiple de ópera y si yo...

—La señorita Bianchi volverá a telefonarme a las siete. Puedes ponerte en marcha, Max.

Me puse en marcha.

Sonaban las cinco y contemplé el ir y venir de viajeros trotando por el andén central, fresquito y sombreado. Es de miedo la cantidad de gente que se las pasa corriendo, con caras frenéticas y gruñidos.

Aspiré con ojos elocuentes mi blanco clavel entre cuyos pétalos había camuflado el micrófono. Un individuo gordinflón y asmático estaba comprando un “Fígaro”, se detenía a mi lado, lo desplegaba... y echó a caminar, resoplando y zampándose la hoja dedicada a las carreras de caballos.

Un infeliz. Eso de que le apuesten a un penco montado por un mono tramposo, es del género...

Me pegué un bocado en el labio inferior. Es irremediable. Desde mi pubertad cuando me topo con una fémina de estampa arrolladora, no sé la causa, pero la reacción es impepinable: me atizo un bocado.

Y aquella fémina era algo fenomenal. Una mezcla de Anita Ekberg y Liz Taylor. El primer impacto era fulminante. Le dejaba a uno abollado. No soy muy exigente y me gustan casi todas. Pero aquella criatura era una maravilla.

Me puse a palpar como un energúmeno porque la monumental doncella compraba un "Fígaro". Dio dos pasitos primorosos. Desplegó el papel impreso y lo dobló. Un tormento angustioso.

Sacó un bolígrafo y le puso un marco al anuncio nuestro en italiano. Echó a andar; la seguí con gran decisión. La hubiera seguido hasta gratis. Por el reverso era también un dechado de perfecciones y atractivos.

Bajamos unas escaleras y salimos al patio de vehículos. Ella ladeó un poco la cara antes de meterse en un taxi. Tomé por asalto otro que venía a continuación y le espeté al conductor:

—Como una lapa. No me lo pierda de vista.

—¿A quién, ciudadano?

—Aquel taxi que dobla la esquina, hombre.

Comprendió. Los dos taxis fueron avanzando por la Solferino, doblaron la plaza Este y poco después seguían por la Corniche. Su taxi se detuvo en el Mirador Joliette y ella se dirigió a la plazoleta.

—11

Pagué mi transporte. Ella caminaba hacia una hilera de tres coches parados. Se instaló tras el volante de un "Alfa" de lujo y se acomodó en mi espera.

Me aproximé contemplando con arrobo el invitante mohín de la boca golosa. Deslumbraban los ojazos azul-violeta que me abarcaron con escrutadora frialdad.

Aspiré mi clavel y a la vez me di toques en la barbilla con el "Turf". Ella señaló el asiento a su lado.

Me instalé lentamente hasta quedar bien encajado. Me desengraso a diario con una buena hora de ejercicios, pero siempre me quedan los mismos noventa kilos.

De perfil estaba aún más succulenta. Una cinta azul aureolaba sus rubias greñas. Un leve tejido azul claro la ceñía amorosamente. Con un pecherín de espuma rosa que era un prodigio de taimada indiscreción.

El bólico salió embalado como una flecha por la autopista hacia Lyon. Yo, por costumbre y comodidad, hablo lo menos posible. Me ladeé un poco, procurando que mi mirada fuese lo más profesional posible. Es decir: fría, indiferente y analizadora.

Tenía unas piernas de propaganda. El nylon perverso. Las sandalias debían costar un dineral por lo raras. Remonté el busto. Me abaniqué con el periódico.

La chica era un verdadero cromo del “Squire”. Su voz era pastosa, de las que enternecen al menos romántico.

—Quedé citada a las cinco en punto con la Agencia Darc-Stone.

—Yo soy Max Stone, el socio de Michel Darc. A sus pies.

Una fórmula de cortesía del género lila, pero suena bien.

—Habla usted el francés como un nativo —me dijo ella.

—Soy indígena.

De pronto, en italiano, me espetó:

—Tiene más bien aspecto de luchador que de detective.

Un acento siciliano inconfundible. Le expliqué pacientemente en romano:

—Fui profesional del catch antes de elegirme Michel por socio. Nací en París de padre californiano y madre romana.

—Magnífico —aprobo ella.

—¿Por qué? —quise saber extrañado.

—Escogí precisamente su agencia porque necesito un investigador que pueda comprender perfectamente cualquier conversación en italiano y norteamericano.

—Pues acertó de lleno.

Regresó ella al galo:

—Su socio Darc me aseguró que están acostumbrados a los desplazamientos.

—No paramos. Mejor dicho, yo viajo más que un saltamontes.

—En mi caso concreto la investigación puede tener su arranque primero en Sicilia.

—Isla de ensueño y salvaje armonía —alardeé, recitando una frase de Mike.

—¿Conoce Sicilia?

—Estuve por Palermo hará cosa de un par de años, en una jira.

—En su carácter de investigador, ¿le conoce alguien por allá?

—Nadie. Estuve únicamente como profesional del ring, y puede que todavía me recuerden porque la vez que me enzarcé en serio con Lino Brossatti, la policía se entrometió. La gente la tomó conmigo. Injustamente, porque Lino en su casa será a lo mejor una buena persona, pero entre cuerdas es un tío guarro. Tanto es así que...

Aminorando la marcha, ella agitó la diestra dando a entender que mis memorias de luchador le tenían completamente sin cuidado.

El "Alfa" se colocó por una rotonda boscosa, muy propicia para encaramelamientos. Había otros dos coches parados.

Cerró el contacto y extrajo una pitillera. Me ofreció, pero le dije que no. A mí el humo me sienta como un puntapié en el hígado. Encendió con un objeto incrustado en piedras brillantes, con relojito y todo. Con la primera bocanada, exhaló:

—He tenido que recurrir a mi apellido de soltera, para rehuir a los periodistas. Hasta el amanecer sigo siendo Mado Luppo.

Pegué un respingo. Agarré el "Fígaro" que ella había dejado en el asiento entre ambos y lo doblé por la primera plana.

El titular lateral decía claramente:

"FRANK LUPPO SERA EJECUTADO AL AMANECER."

Aquel asunto era la comidilla de Marsella y zonas limítrofes. Frank Luppo, italo-yanqui, había sido condenado a muerte el año 58; estando él muy lejos del juez y del verdugo francés.

Había asesinado a dos personas, precisamente en Marsella, evaporándose cuando la policía francesa iba ya a atraparlo. Y tontamente, en junio del 63, se hacía pescar en una playa cercana a Niza.

La futura viuda me estaba diciendo:

—Deseo que los responsables de la próxima muerte de mi marido, reciban el castigo adecuado.

Me rasqué el pescuezo y luego objeté:

—Oiga, no lo tome por la tremenda, pero los responsables de que su esposo se vaya al otro barrio al amanecer, formaban parte de un tribunal y un jurado. Un total aproximado de quince personas

decentes.

—Hay acciones que son totalmente ajenas a la justicia humana con sus limitaciones. Mi marido no es un vulgar asesino, pese a lo que haya usted podido leer.

—Lo que he leído es que en el 58, Frank Luppo se cargó a un matrimonio francés que iba acompañado de un escolta que salvó la piel de milagro. Luppo se escapó y estaba condenado a muerte por contumacia, previo el trámite puramente formulario de extradición judicial. Pudo tratarse de un “arreglo de cuentas” dicen los periodistas, pero no dejaba de ser un doble asesinato.

Encogió ella los hombros desdeñosa. Epilogué:

—La Interpol ignoraba su paradero. La cuestión es que lo atraparon hace escasamente dos semanas entre Niza y Menton.

—No le capturaron. Frank fue dejado sin sentido en una playa y una llamada telefónica, anónima, alertó a la policía francesa.

—De esto no dice ni media la Prensa.

—Se debe a que mi marido tiene un concepto muy especial sobre determinados asuntos. Estima que deben resolverse sin recurrir para nada a la policía.

Medité que esta norma había llevado a Luppo a un final poco sano. Era doblemente trágico irse al otro barrio dejando en esta mísera, pero sólida tierra, a una viuda tan succulenta.

Y tan serena. Porque teniendo al marido en pepitoria para la próxima madrugada, parecía tomarlo muy calmamente. Claro, la que enviudaba era ella.

Lo que agregó me dejó boquiabierto:

—Tengo un pase para que usted se entreviste esta noche con Frank en su celda.

Según Mike yo tenía que contestarle que bueno a todo. Cabeceé, pero también expuse:

—Los que vigilan la celda no creo que acepten que un detective visite al condena... a Frank.

—El pase está extendido a nombre de mi hermano Ray Bianchi.

—Ostras... Esto se complica —medité en voz alta—. Me pedirán el carnet de identidad.

—Llevará usted el de mi hermano. Es esencial que usted se entreviste con Frank. Sin ello, no hay investigación posible.

—Escuche... Lo normal es que vaya usted y luego nos cuente lo

que quiere Frank.

—Frank insistió en que yo no debo saber nada, porque según él, apenas supiera algo, mi vida correría un peligro constante.

—Ya... Claro... —repliqué por decir algo, mientras buscaba un fallo—. No puede ser. Porque la foto del carnet de identidad...

—No importa. El abogado defensor le acompañará. Ha recibido una buena cantidad para prestarse a ello. A las siete telefonaré a su socio Darc. A las nueve, el abogado defensor le esperará a usted donde quede convenido, si como supongo, su socio está conforme en llevar a cabo esta investigación.

Puso en marcha y el "Alfa" abandonó la rotonda. Medité que esta vez nos había salido un cliente original: deseaba una investigación "post mortem".

* * *

Mike escuchó atentamente la reproducción grabada en mi reciente conversación con Mado Bianchi-Luppo. Cuando le carbura el cerebello entorna los párpados y se asemeja a un gato digiriendo un ratón.

La voz pastosa decía:

—“...Si como supongo, su socio está conforme en llevar a cabo esta investigación.”

Aclaré:

—No hablamos ni media hasta llegar al mirador donde nos reunimos y cuando bajé, pues... eso.

Le di al conmutador del magnetófono y dijo Mado:

—“Yo comparto plenamente el anhelo de Frank. Deseo que los responsables de su ejecución reciban el castigo adecuado. Hasta pronto, Max Stone.”

Mike guardó la bobina grabada en su archivo y comenté :

—Hay detalles muy confusos en este endiablado asunto, Mike.

Nunca me hace caso cuando le insinúo mis sospechas. Replicó:

—La ilegalidad de tu usurpación de personalidad quedará bien cubierta, Max.

—Ey... ¿Por qué he de ser yo por narices el que se entrevistó con el futuro descabezado?

—El alcaide de la prisión me conoce. A ti no.

—Allí no puedo llevar el “mini”. Me cachearán.

—A ti, sí, pero al abogado defensor, no. Ha cobrado por su ayuda, y le pediré que lleve el grabador. Cuando me telefonee Mado Bianchi, lo arreglaré.

Lo arregló, maldita sea.

Yo debía reunirme con el abogado Balpetro, a las nueve menos cinco de la noche, en la calle Bac, esquina Ferroniere.

Un sitio lúgubre. Es donde el verdugo justifica su paga, trabajando al año una docena de madrugadas.

CAPITULO II

Charlar con un condenado a muerte inminente no me hacía la menor gracia. El abogado Balpetro, panzón y patriarcal, me aclaró que Mado se entrevistaría con su marido un poco más tarde.

Tenía buen cartel el Balpetro. Le saludaban con respetuosa ceremonia y él respondía paternalmente. Estos tipos tienen aplomo.

Al empleado del rastrillo lo trató como si fueran amigos de la infancia. Yo esboqué el ademán de presentar el carnet de identidad de Raymond Bianchi, sin enseñarlo del todo.

El funcionario ni me miró. Se limitó a inscribirme como visitante. Y la escolta del cara dura del abogado siguió abriendo puertas. Yo estaba seguro que la entrevista tendría lugar en un locutorio, con rejas de por medio.

Pero nos internamos por una galería que parecía una frigorífica de matadero, con sus compartimientos cerrados a uno y otro lado.

Por el aspecto solemne que de pronto adquirió Balpetro, comprendí que estábamos en plena Alameda del Ultimo Suspiro. Allí conservaban bajo triple llave a los candidatos, forzosos, al rapado de Guillotin.

Un guardián le explicó a Balpetro en tono de excusa que era preciso registrarme. Me registraron y quedó demostrada mi inocencia. No llevaba sierras ni plástico.

Abrieron una de las puertas metálicas y entró Balpetro saludando amablemente:

—Buenas noches, Luppo.

La celda era funcional. Su único ocupante me examinó con ojeada de terciopelo. El terciopelo que tienen las pupilas del leopardo.

Un siciliano bien parecido. Alto, treinta y cinco años según la misma Prensa. Lograba ser elegante en su uniforme gris de dril.

Sus oscuros ojos me sopesaron y calibraron.

Alzó la mano atajando el chorro retórico con el cual Balpetro quería alegar que había hecho lo indecible por salvarle la cabeza.

Fue a sentarse en el camastro y me señaló un lugar a su lado, mientras decía en italiano:

—Quédese donde está, abogado. Dispongo de media hora y quiero aprovecharla. Vamos a lo que importa, Raimondo.

Lo de "Raimondo" debía ser por si alguien pegaba la oreja a la mirilla. El abogado, que por lo oído, era también poliglota, se quedó de plantón junto a la puerta cerrada por fuera.

Frank Luppo podría sudar escalofríos hacia el amanecer, pero ahora estaba fresco como una lechuga. Y me habló en puro neoyorquino:

—Mado le habrá expuesto lo elemental. Ella dispone de dinero sobrado y correrá con los gastos por elevados que sean. Todo lo que averigüe debería serle comunicado a ella, pero de modo que no corra el menor peligro, aunque sabe protegerse.

Aunque fuese en voz baja, sonaba autoritaria la entonación de nuestro cliente.

—De cuantos datos obtengan, ella hará el uso que estime preferible. Yo... no estaré presente al llegar el momento de la venganza, pero me consta que seré vengado. Esta idea me reconfortará mucho cuando vaya amaneciendo.

Prosiguió en italiano, alzando la voz:

—Algunos van a sudar agonías de muerte.

Cruzó el pulgar con el índice y aplicó en ellos un beso sonoro, porque restalló al separar violentamente la "cruz siciliana".

Lo curioso es que pareció dirigir aquel juramento hacia el abogado. Y Balpetro resultaba poco favorecido a la luz mortecina de la celda. Estaba grisáceo de cutis.

Y Frank Luppo rió.

No tengo nada de impresionable y sin embargo aquella risotada me tocó el xilofón en la espina dorsal.

Si yo fuese un escritor de categoría sabría definir la risotada. No era burlona ni maligna. Era algo peor.

Y lo que siguió acabó de entontecerme.

El abogado Balpetro aproximándose, dijo conciliador:

—Le he dado mi palabra de honor de que hicimos lo imposible, Luppo.

Frank Luppo se levantó. Se le veía varonil por todas las costuras del uniforme presidiario.

Y no era francés ni militar. O sea que no practicaba la "accolade" ni iba a condecorar al que no supo salvarle la cabeza. No

obstante aplicó sus dos manos en los hombros del abogado... y le besó en la mejilla,

Balpetro se quedó petrificado. Me miraba como asustado.

Frank Luppo volviendo a sentarse me dio una palmada en el hombro. Sonreía extrañamente. Relucientes las pupilas. Su tono era afectuoso:

—Permíteme que te tutee. Me das la impresión de un tipo con agallas. Te van a hacer mucha falta, Buddy.

—Me llamo Max. Max Stone —y procuré ser amable.

Asesino o no, aquel muchacho estaba viviendo su última noche. Y a lo mejor se le había aflojado algún tornillo. Besar a un sujeto como Balpetro...

Lo que en aquel momento ignoraba yo, era que aquel beso significaba nada menos que el desafío a la organización más poderosa y tenebrosa que el mundo ha conocido: la Mafia.

Y que yo iba a ser el representante del desafiante.

Fue mejor que no me enterase en aquel momento, porque pese a lo que le esperaba a Frank Luppo, no me hubiera yo andado con remilgos y posiblemente le hubiera atizado. Por meterme en el zipizape más demoledor de mi accidentada existencia.

Balpetro no apartaba su mirada de mi persona. Luppo sin mirarle masculló:

—Queda entre nosotros y quien usted sabe, abogado. Regrese a la puerta.

Balpetro obedeció como un niño aplicado.

Bajó Luppo el tono para explicarme en yanqui:

—El punto inicial de la investigación radica en un hotel de Ventigioia, en la Riviera genovesa. El hotel es propiedad de tres socios que me conocen perfectamente. Eran de mi entera confianza... Pero la perdí. Cualquiera de los tres socios pudo ser cómplice del que planeó este final para mí.

Tengo buena memoria, pero deseé que el grabador en el bolsillo del abogado cumpliera su obligación. El espacio era escaso y la acústica excelente.

—El hotel es el “Montessio”. Los tres socios propietarios y administradores se llaman: Renzio Mateo, Walter Simone y Alida Salerni.

Repitió lentamente las tres fichas y agregó:

—Estaban asociados conmigo en determinada empresa que no tiene nada que ver con la hotelería. No tengo la menor certeza y puede que ninguna de las tres personas mencionadas sea culpable. En la empresa que he citado entran en juego muchos millones y hay codicias insaciables que prefieren suprimir al que consideran un rival en algún negocio. Y suprimiéndolo de modo que le quede la duda.

Bajó mucho más la voz, asiéndome por una solapa.

Acercando el rostro al mío. Creí que me iba a besar. Susurró:

—Se cubren así del chivatazo posible. Saben que no delato porque como dicen los leguleyos existe el beneficio de la duda. Puede tratarse de una venganza particular, aunque por las características me inclino a creer otra cosa... Bien, tu misión será averiguar quiénes han tenido participación en mi captura. Cuando lo sepas lo comunicas a Mado y habrá terminado tu tarea.

Se apartó un poco. Me miró con pena. Eso me pareció.

—Dime una cosa, Max... ¿Has investigado entre asesinos? Más claro. ¿Seguiste nunca los pasos de un gang?

—Sí, una vez. Hace medio año. Un viaje agitado con etapas en Tánger, Miami y Nueva York.

—Creo que Mado atinó a elegirte. Me inspiras confianza. Tu aspecto encajará en la investigación. Hay determinados elementos que pasaron largas temporadas por los Estados Unidos. Una advertencia, Max... Este asunto no interesa para nada a la policía.

Cabeceé. Era superflua la indicación. Y en último caso el que resolvería sería Mike.

—Yo declaré que fue una desconocida la que me narcotizó en la frontera italiana dentro de un coche. Pero a ti... —y mirando de soslayo hacia el abogado, añadió—: No entiende una palabra de inglés. Voy a darte a ti un dato importante. Estando en mi habitación del hotel “Montessio”, donde me alojé con frecuencia en todos mis desplazamientos clandestinos...

Crispó los puños repentinamente nervioso. Dominándose, cerró los ojos. Parecía recitar:

—Lo último que recuerdo es que, actuaba ya el soporífero que me administraron en la cena, cuando entró en mi habitación un individuo. Estaba todo a oscuras y no le pude ver la cara.

El relato se ponía ya interesante y por lo menos comprensible.

—El tipo avanzó la diestra para sacudirme por el cabello y comprobar si ya estaba yo en condiciones de ser transportado. Y entonces vi perfectamente un cerco rojizo en su muñeca. Una cicatriz antigua. Ninguno de mis socios ni conocidos tiene esta cicatriz, pero pudieron pagar a un cómplice para prepararme la mortaja. Busca a este tipo de la cicatriz en la muñeca y ya tendrás el arranque para seguir investigando.

El abogado tosió discretamente. Anunciaba el término de la entrevista. Y dijo innecesariamente:

—Hemos de irnos ya.

Frank Luppo se levantó.

Me tendió la diestra y sus ojos eran elocuentes, casi anhelantes, cuando dijo:

—Esfuézate todo lo que puedas y sepas, Max. Vete con mucho cuidado, porque te las vas a ver con gente que tiene muchas muertes en la conciencia. Y de hombre a hombre, recuerda esto: lo que han hecho conmigo es una canallada imperdonable.

Asentí, emocionado a pesar mío. Aquel hombre podía ser un asesino, pero dentro de unas horas iba a dejarse la cabeza en un cesto, afeitado en seco todo el pescuezo.

Me dio una palmada en el hombro. No lo pude evitar. También le palmoteé.

En la calle, el abogado Balpetro comentó:

—Indiscutiblemente Luppo es un valiente, ¿verdad? Por cierto, Stone, quiero hacerle un ruego. No mencione a nadie... nunca... lo que presenció dentro de la celda.

—¿Qué fue? —quise saber.

Se tocó la mejilla y sonriente añadió:

—Podría ser mal interpretado. Lo hizo para comprometerme. O tal vez porque el furor contenido íntimamente le desquició. ¿Me da su palabra de honor de nunca mencionarlo?

—No se preocupe. Fue algo muy privado y así se queda.

Pareció muy aliviado. Y nos despedimos.

En el despacho, Mike oyó la grabación, bastante buena, con la debida amplificación. Entornados los párpados, comentó:

—Le oíste en persona. Tendrás tu opinión formada.

A veces me pregunta. Me pulsa para ver si suena la flauta.

—A mi modo de ver, Luppo, que tenía que andar escondiéndose,

estaba asociado en negocios que deben ser más que sucios: drogas, trata de blancas, moneda falsa, vete a saber... Le narcotizan en el "Montessio" de sus tres asociados, y le dejan hecho un paquete para que lo recoja la policía francesa. Dato de arranque: el tipo que tenía la cicatriz en la muñeca derecha.

—Todo esto lo pudo contar a su esposa sin necesidad de que le visitases.

—Quiere evitarle el menor peligro a ella. Y me dio la impresión de que era capaz de ser generoso con quien apreciase.

—Por la Prensa, tenemos la fecha de su captura. Se trata de averiguar quiénes se alojaban o cenaron en el "Montessio", la noche anterior. Voy allá, ahora mismo.

Fue allá. Y yo me fui a dormir. No pude ahorrarme alguna que otra visión donde la guillotina era el elemento principal del decorado.

Al día siguiente, hacia las diez, estaba yo desayunando cuando apareció Mike. Estaba ceñudo, con cara de haber dormido mal.

—Estuve en el "Montessio". En la fecha en que dijo Luppo haber sido narcotizado, el libro registro no tiene ninguna inscripción. Es un hotel de clientela fija, que reserva por meses y la temporada veraniega no la inician hasta el primero del mes entrante.

—Entonces, aquella noche Frank estaba a solas con los tres dueños del hotel.

—No. Había dos huéspedes inscritos desde primeros de mes. Un tal Chad Kenton, procedente de Montreal, y una neoyorquina.

—Descartada. Dijo Frank que era un hombre el que aquella noche le sacudió la cabeza.

—En una habitación a oscuras y adormilado por el soporífero que pretendió haber ingerido, pudo ver una silueta masculina, pero la moda playera exige buena luz para distinguir las hembras de los varones:

—Depende de las curvas —aseguré.

Seguí atacando mi ración de tostadas y Mike sorbió café.

De pronto recordé la hora.

—Ya le dejaron tieso al pobre Frank.

—¿Al pobre Frank? Era un vulgar asesino. Mató a sangre fría a un ex compañero suyo y a una mujer.

—No declaró nunca sus motivos. Algo le habrían hecho, y claro,

no es que defienda yo el derecho a tomarse la venganza a tiro limpio, pero a veces...

—Olvídalo.

—¿El qué?

—Todo el asunto.

Me atraganté. Encañoné una tostada hacia Mike, que no me dejó hablar:

—Mado Bianchi, por razones que ella sabrá, desiste. Ha indemnizado por las molestias. Olvídalo.

Me serví un chorro de café sin leche y argumenté:

—Alguien le jugó a Frank una pasada canallesca. Y traicionera. Ya sé, ya sé que Frank Luppó no era ningún angelito, pero los otros son de su calaña. Peores todavía. Porque por lo menos hasta su último resuello, Frank jugó limpio, sin delatar a nadie y quiso marcharse convencido de que su viuda le vengaría. ¡ Vaya con la viuda! No hay derecho, hombre.

—Olvídalo, Max.

Había una nota impaciente en la entonación del flemático Mike. Le eché un vistazo receloso. Y silabeó:

—Ella, la principal interesada, desistió.

—No me hizo el efecto de ser una malva acoquinada.

—En su última hora con ella es posible que Frank Luppó la convenció para que abandonase toda clase de investigaciones. Era lo inteligente. Comprendió Luppó que inducir a su viuda a investigar en los turbios negocios de Mr. Rex equivalía a empujarla con una mecha encendida dentro de un polvorín.

—¿Mr. Rex?

—La policía y el hampa de Nueva York apodaban así a Nick Dambra. Cuando se sintió en peligro cogió el avión y reside en Génova, aunque tiene una soberbia mansión... en Ventigioia. ¿Comprendes ahora por qué desiste Mado? Para nosotros, asunto olvidado.

Mike se fue diciéndome que iba a hacer unas gestiones ajenas totalmente al caso Luppó.

Pensativo me tumbé en el diván. Empecé a meditar y de pronto sonó el teléfono. Escuché una voz pastosa, incitante:

—¿Max Stone?

—Yo mismo.

—Esta noche, a las diez, Nick Dambra quiere verle, Max. Estrictamente en privado. Puede ganarse varios miles con sólo acudir a la cita.

—¿Dónde?

—Acuda esta misma noche a la playa Fosca, a tres kilómetros al este de Ventigioia. Usted solo. Espere allí. Le garantizo que no tiene nada que temer.

Colgaron y colgué. Era una cita a la que no iba yo a faltar. Y no le diría ni media a Mike.

Por lo que fuese, yo me consideraba ligado a una especie de promesa hecha a Frank Luppo. Ya se trataba de un asunto personal con la que acababa de telefonearme: la viuda de Fran Luppo.

CAPITULO III

Playa Fosca era una caleta preciosa. Por el camino de descenso varios carteles anunciaban: “Propiedad particular” y “Prohibido el paso”.

Un taxi me dejó a medio camino. El resto hasta la arena lo hice a pie. El claro de luna era plácido y se disfrutaba una soledad agradable. Por lo menos creí estar a solas, hasta verla.

Apareció como una diosa marina. Surgiendo de la quieta negrura azulada del mar, se quitó el gorro y sacudió sus greñas color de miel.

Tenía un rostro aniñado, pero el resto era todo lo femenino que uno pudiera soñar. Y sin trampas. Dos tiras de tela elástica ceñían respectivamente unas caderas fantásticas y unas curvas pectorales de pasmosa plenitud.

Me dolía el labio inferior. Ella se aproximó con la tranquilidad de quien se sabe impecable. Me miró de arriba abajo y casi me parecía que era yo el que andaba medio desnudo.

Una sonrisa impertinente entreabrió sus carnosos labios.

—Es una playa privada —dijo en un italiano macarrónico.

Vaya... No era una escandinava. Machacaba el yanqui y bien.

—¿Está fría el agua? —le pregunté en su idioma natal.

Rió ella y la repercusión en su bandeja aumentó mi presión.

—Más bien tibia, Max.

La chica era un prodigio de sorpresas.

—¿Me conoce?

—De oídas y por la descripción. Usted es Max Stone. Ya me habló de usted el patrón.

Y señaló ella hacia lo alto de la colina. Una blanca mansión de millonario caprichoso. Aclaró:

—Nick Dambra.

—¿Está en casa?

—No, pero no tardará. Con toda su pandilla. Fueron a cenar no sé dónde. Yo preferí venir a bañarme.

—Celebro conocerla —insinué.

—Soy Lena Ferris —y sentándose en la arena, rebuscó en el

corto albornoz que trajo a rastras.

Me senté también, denegando la oferta de cigarrillo. A la llamita del mechero sus ojazos resultaron aún más dorados y con fulgores sanguinarios. No obstante había algo traviesamente infantil en su semblante. Pese a que su estampa fuera de favorita de harén.

Dando chupaditas a su pitillo me miraba ella calmosamente. Preguntó:

—¿Hace tiempo que conoce a Nick?

—Nunca le he hablado. Ni sé quién es.

—¿No? —y volvió ella a reír.

Si se proponía sacarme de quicio, en el sentido varonil, lo estaba logrando fácilmente. Era una escultura animada, de prieta elasticidad.

—Todo el mundo sabe quién es Nick Dambra —sentenció—. Hizo millones y le basta con mover un dedo para conseguir lo que quiere.

—¿Incluida usted?

Mi fina indirecta la crispó. Me miró con repentina dureza.

Alcé una mano apaciguadora.

—Era para comprobar, mujer. Como me dijo que se alojaba allá en la casa de Dambra... y le llamó patrón...

—Todos le llaman así. Yo me alojo en el hotel “Montessio” de Ventigioia. De vacaciones. De vez en cuando me asomo por casa de Nick. Nada más, ¿estamos?

—Estamos. ¿Taquimeca recepcionista de vacaciones, no? O más bien secretaria —fui tanteando, verbalmente.

—Viajera internacional de productos de belleza es mi profesión cuando no descanso como ahora.

—El muestrario es de primera —afirmé entusiasmado.

Con una mueca burlona se puso en pie. También me levanté. La sonrisa parecía una invitación. Iba yo a probar suerte cuando me detuvo una voz áspera.

—¿Es usted Max Stone?

Me revolví. Un hombrachón relleno de un traje blanco arrugado se aproximaba pesadamente, hundiéndose hasta los tobillos en la arena.

—Yo soy.

Era más bajo que yo, pero más ancho. Avanzaba como un

hipopótamo. De hundidos ojillos malévolos bajo espesas cejas, tenía una cara de bestia malintencionada.

Me contemplaba como tomándome medidas para el ataúd.

—Andaba en su busca. Nick Dambra quiere verle.

A mi espalda, Lena Ferris comentó:

—Serías un extra formidable en el cine, Buster. Tienes un arte especial para conseguir que todo lo que dices, aunque sea desear las buenas noches, suene a amenaza.

Buster la contempló inexpresivo. Volvió a ojearme torvamente y repitió:

—Nick Dambra quiere verle.

Seguía sonando como una amenaza.

—De acuerdo. Vamos allá —y suspiré mirando a Lena.

—Nos veremos luego —me prometió.

Yo eché a andar tras la masa bamboleanante de Buster. A medida que subíamos por una escalera tallada en la roca, se me hizo pesado el silencio.

—¿De Nueva York, Buster?

El paquidermo sin volver la cabeza, gangueó:

—Brooklyn. Soy Buster para la gente conocida. Para los demás, soy Ruggiero.

Un matón. De origen siciliano. Y empezaba a tentarme. Por poco que me diera ocasión me agradaría comprobar si tras la fachada había hormigón o gelatina.

El caserón era un palacete. Y en la gran terraza había seis coches de volumen y últimos modelos. Por los abiertos ventanales de las galerías resonaba un twist a todo tren.

Buster Ruggiero no fue hacia la entrada normal. Contorneó hacia una puerta lateral. Repicó en ella por tres veces seguidas y empujó, diciendo al apartarse a un lado:

—Nick Dambra espera.

Era un saloncito muy coquetón. Con solo dos personas. Miré primero a los lados. Nadie. Ni cortinas removiéndose. Ojeé a Nick Dambra.

Estaba sentado en un sofá. Uno de sus brazos envolvía afectuosamente los desnudos hombros de una monísima rubia redondita, embutida en un vestido negro sin hombreras. No las necesitaba para sostener en su sitio el tejido.

Dambra era macizo, de corto cabello gris, y rostro florido. Llevaba un traje de seda brillante, color tabaco. Tenía aspecto de hombre acechado por alguna enfermedad del corazón. Suponiendo que tuviese corazón.

Hincó un dedo en el blanquísimo hombro de la rubia:

—Aguárdame en el bar, muñeca.

La muñeca salió pitando. Era un portento de rotaciones.

Nick Dambra se levantó, apenas la rubia cerró la puerta. Me dedicó una mueca sonriente, pero sus fríos ojillos acerados me recorrían como bisturíes.

—¿Max Stone? Siéntese, amigo.

Me instalé en un sillón estupendo. Las dos puertas estaban cerradas y no había ventana. Hacía fresquito. Aire acondicionado.

Nick Dambra sacó un cigarro de su bolsillo visible y le quitó la funda de celofana.

—¿Qué le pareció Franky Luppo?

—Un muchacho enojado por la canallada que le hicieron.

—Exacto. Una gran canallada. Lo peor es que pudo creerse que fue víctima de algún amigo suyo. Yo era un gran amigo suyo. No pude hacer nada para salvarle.

Hablaba contemplando el cigarro que hacía rodar entre sus velludos dedos.

—Me crea o no me tiene sin cuidado, Stone. Pero necesitaba la grabación.

Se hincó el cigarro entre los dientes. Sus ojillos me barrenaron.

—¿Qué grabación?

—La duplicada. Compréndalo, Stone. Si el abogado Balpetro consintió en llevar una grabadora para su socio Michel Darc, el mismo trabajo le costaba llevar otra. Todo lo que le dijo Franky ha de permanecer secreto. Le ofrecí cinco mil por la cinta grabada a su socio Michel Darc. Esta tarde a las seis...

Tocó un resalte en la mesita a su lado. Tras la puerta por la que había salido la rubia, debía estar aguardando el que acudió al sonar la llamada del timbre.

Un tipo algo, guapo, elegante, musculoso. Moreno y de rostro de mármol. Debía tener éxito con las mujeres. Sus insolentes ojos negros me calibraron al aproximarse.

—Enrico, ése es Max Stone — expuso Dambra—. Cuéntale

brevemente lo que pasó a las seis de esta tarde en el despacho de la Agencia Darc-Stone.

Enrico tenía una voz acariciante:

—Darc me entregó la cinta grabada a cambio de los cinco mil sonantes. Y me dijo textualmente: "Cuando vea a Max anúnciele que ya se ganó dos mil quinientos y que si quiere seguir siendo mi socio, olvide para siempre todo lo referente a Luppo y su viuda Mado". Nada más.

—Y nada menos. Regresa donde estabas, Enrico. Mejor dicho, vete al salón-bar. Max pasará a despedirse.

Enrico se fue. Y Dambra esperó con mueca interrogante.

—Pongamos las cosas en claro, Dambra. Vine porque me llamó Mado Luppo.

—Mado Bianchi —corrigió.

—Para el caso me da lo mismo. No me gusta que me traigan y me lleven. Supongamos que por lo que sea, estoy empeñado en hacer averiguaciones sobre lo que me explicó Frank Luppo.

El rostro florido y campechano, se hizo tan glacial como los ojos. No había encendido el tabaco. Lo estrujó tirándolo con puntería a una cesta.

—Su socio aceptó cinco mil. La mitad para usted, Stone.

—Yo no estaba allí, cuando se cerró el trato. Frank murió este amanecer. Deseaba que otros murieran cada amanecer. Ya que su viuda se ha rajado, yo me considero ligado a Frank, su gran amigo, por una promesa de hombre a hombre.

—Una lealtad admirable, pero intempestiva. No se acalore, Stone... En mi juventud yo también era impulsivo, emocional y agresivo. Usted entró en el terreno de las suposiciones... Le sigo. Supongamos qué investigar, aparte de que no le devolverá la vida a Franky, podría traerme complicaciones a mí. He venido a Italia a descansar. No quiero líos. Si Mado desistió de hacer investigaciones, ¿a santo de qué las haría usted?

—Por puro capricho.

—Hay caprichos que matan —rió Dambra suavemente.

Algo así como la risita de un lobo contemplando a un conejo imprudente.

Me puse en pie. Dambra también. Seguía con la risita, Pero mordió las palabras:

—El terreno por el que pretende patinar no es un ring de lucha, Stone. ¿Reconoce que soy correcto con usted?

—No he dado motivos... todavía, para que no lo sea, Dambra.

—Hágame un favor. Consulte con la almohada. Mañana a cualquier hora, antes de regresar a Marsella, me llama o pasa a verme. Le tendré preparados cinco billetes de mil dólares.

Resoplé. Creía que hablaba de francos. O sea que Mike me esperaba con dos mil quinientos dólares. Y otros cinco mil me ofrecía Mr. Rex para... olvidar todo lo referente a su gran amigo Franky.

—Me agradecería hablar con Mado antes de decidirme, Dambra.

—Correcto. Mañana nos veremos, Max. Por aquella puerta llegará al bar. Charle con Mado.

Volvió a sentarse. Muy seguro de sí mismo. Lo compraba todo.

Fui a la puerta por la que se había largado Enrico. La abrí. Y Dambra me hizo una advertencia:

—Juegue limpio, Max. No se arrepentirá.

Volví a entornar la puerta.

—¿Significa...? —pregunté de medio lado.

Nick Dambra debió ser recio y contundente con diez años menos. Ahora tenía grasa en la cintura y cercos morados en las bolsas inferiores de los pedernales que le servían de ojos.

La otra puerta se había abierto y adosándose en ella, el orangután de Buster parecía contar las luces indirectas que había en el techo.

Nick Dambra a tres pasos me dedicó la maldita risita lobuna.

—Lo que tenga que decirle a Mado, se lo dirá aquí mismo, Max. En el bar. Y si mañana coge mi dinero, nunca mencione con nadie lo que habló Franky... ni lo que usted vio. ¿Conformes?

—Por ahora, sí. ¿Algo más?

—Buenas noches, Max.

Por el pasillo no había nadie. Desembocaba en una sala enorme. Con un mostrador monumental al otro extremo. Y mucha gente bebiendo como si estuvieran de regreso de un largo safari por el desierto.

Chicas de las llamadas “modelos”, tipos de varias calañas y en una. de las paredes una serie de instrumentos musicales, desde el tocadiscos portable hasta la rockola de cincuenta discos, pasando

por una radio que debía ser por lo menos emisora de largo alcance.

Varios altavoces “Hi-Fi” transmitían ahora una especie de lamento con miles de violines. Y venga beber, reír y cuchichearse al oído las parejas que se removían en simulacro de bailoteo.

Una especie de “dolce vita” muy mustia.

Mado Bianchi-Luppo estaba con Enrico. Estaba imponente. Un vestido verde escamoso con un escote que quitaba el hipo. Se cimbreaba con talento mecida por el bailarín de Enrico.

Con una mirada lejana, extraviada, como ausente. Y de pronto me vio. Sus labios se entreabrieron. No era una sonrisa. Bruscamente se desprendió de los brazos de Enrico y vino taconeando. A cada taconazo vibraban los dos puñales compactos, como si fueran a rasgar la escasa tela que los cubrían a medias.

Yo estaba parado a la salida del corredor. Vino ella a pararse a menos de un metro frente a mí.

—Hola, Max.

Su aliento exhalaba intensa graduación alcohólica.

—Hola, Mado. ¿Un poco de diversión, eh? ¿Cuántos miles le dio Nick?

Apretó ella los dientes. Sus ojazos fulguraban chispas.

Su voz salió estridente:

—¡No tiene usted la menor idea de lo que sucede!

—Hace menos de veinticuatro horas que ingresó en el gremio de las viudas y parece haber olvidado que ayer clamaba venganza...

El alto y apuesto Enrico vino a colocarse al lado de Mado. Me asestó su mejor mirada de perdonavidas, mientras colocaba una mano en el desnudo hombro de la viuda de Franky.

—¿Pasa algo, nena?

Murmuró ella nerviosa:

—Nada. Vuelve al mostrador y que me preparen un “Martini”, ¿quieres?

Enrico seguía asustándome con los ojos. Me dijo:

—Es preferible que me deje en paz a Mado, ¿se entera?

—Eso es. Déjela en paz y lárguese lejos —le recomendé.

Intervino ella:

—El que debe irse es usted, Max.

—Está claro, ¿no? Lárguese cuanto antes —dijo Enrico.

Hizo algo que me revolvió la sangre. Colocar un largo brazo en

torno al talle de la viuda de Frank. Y su mano acarició la cadera en evidente muestra de intimidad.

No era asunto mío ni tengo nada de puritano. Pero vamos... aún caliente el cuerpo de Frank como quien dice...

Había mucha gente mirando disimuladamente. Y me pareció oír la última frase de Frank Luppo:

—“Y de hombre a hombre recuerda esto: lo que han hecho conmigo es una canallada imperdonable.”

Le espeté a la viuda:

—Si tuviera usted un gramo de decencia no se dejaría manosear por este gurrumino.

Enrico emitió una especie de hondo gruñido, llevándose la diestra al bolsillo de su elegante chaqueta. Le coloqué la palma bajo la barbilla y empujé.

Retrocedió unos pasos, tropezó de tacón con una alfombrilla y se sentó ruidosamente en el suelo. Enrojecido el rostro de rabiosa humillación sacó la diestra del bolsillo.

Era una matraca corta. De caucho y plomo. Iba a ponerse en pie.

Adelanté dos pasos y me puse en postura de delantero centro disponiéndose a disparar un penalty.

—Sigue sentado, Enrico. Si te levantas con o sin la porra vas a quedarte sin dientes.

Comprendió que el patadón no se lo esquivaba. Y permaneció sentado, indeciso, echando fuego por todos los poros.

Fue entonces cuando me atropelló un camión.

Salí proyectado hacia la pared más cercana, reboté en ella y me encontré a gatas. Toda la sala describió una vuelta. Sacudí la cabeza mientras me incorporaba adosado a la pared.

El camión había sido el elefante llamado Buster Ruggiero. No era carne vulgar la que amasaba en cantidad rondando los ciento cinco kilos. Era hormigón armado.

Me había embestido de lado con el hombro. Y se aproximaba colgantes los puños cerrados. Dos mazos. Y Enrico acudía oscilante la matraca.

Calculé una coz de ángel hacia Buster y otro manotazo, pero lateral y simultáneo hacia Enrico...

—¡ Quietos !

La voz de mando en puro italiano inmovilizó a Buster, a Enrico y

a otros dos corpulentos desconocidos que acudían a retaguardia de ambos.

Niccola Dambra avanzaba por el corredor.

A mi lado, Mado parecía contemplar la pared. Susurró:

—Corso Magenta, 14. Génova. Esperaré. Amaneciendo.

—Me provocó él, Nick —estaba diciendo Enrico.

Mado se había apartado, con aspecto displicente.

Toda mi atención estaba puesta en Mr. Rex, que a dos pasos me encañonó con el índice como si fuese una automática.

—¡Fuera, Stone! No vuelva por aquí. Donde sea que yo me halle, no será usted bien venido.

Una expresión rara. Ignoraba entonces que se trataba de un formulismo ritual de la gente de "Casa Nostra" más vulgarmente conocida en su ramificación internacional por "Mafia".

Un formulismo que significaba una condena a muerte, en el caso de que uno persistiera en entrometerse.

Súbitamente, reinó un gran silencio. Todos me miraban como a un apestado. Calculé que entre Buster, Enrico y los otros dos, mis probabilidades de salir por mi pie, eran pocas: cero.

Me dirigí hacia la puerta principal. Y la voz de Dambra raspaba:

—Viaje directo al otro lado de la frontera. No pierda un minuto, Stone.

Fuera, en la terraza, seguía caminando, ladeando la cabeza. En la oscuridad no quería yo ser embestido por otro camión.

La noche era tibia. Yo iba escamado. Y tensé los músculos cuando una figura blanca apareció en las tinieblas de la florida alameda.

Era Lena Ferris. Deliciosa en su blanco vestido. Refrescante por contraste con la pérfida viuda.

—¿Qué tal, Max? ¿Me recuerda?

—Oiga... ¿Dónde diablos encuentro un taxi por aquí?

—¿No tiene coche, Max?

—Averiado. Reparando en un garaje de Imperia.

—Yo le llevo en el mío.

—Me vendría bien, pero por si acaso, le advierto que Dambra no experimenta la menor amistad por mí.

—Me es igual. Yo empiezo a sentir amistad por usted, Max.

Su coche era un "MG" plateado con dos butacones bajos. Hizo

zumbar el motor y el bólido partió como un jet por la explanada volando a ras del suelo por la recta hacia la autopista.

Frenó en seco, pero no me cogió de sorpresa. Estaba incrustado de sobaco en el respaldo.

Lena tenía una carita cándida, de chiquilla traviesa.

—¿Dónde se aloja, Max?

—En ninguna parte. Pensaba ir a cualquier hotel de Génova. No me tendrán reparado el coche hasta mañana al mediodía.

—Yo soy su hada buena. Le llevo a Génova. Total, apenas una hora.

Empujó el acelerador aplastándolo a fondo. El impulso del viento me tenía adherido al asiento.

—¡No tengo prisa! —bramé.

Ni caso. Estaba inclinada sobre el volante, tenso el perfil. Se veía que conducir a ciento veinte por hora era un juego excitante para ella.

Hacía rato que sentía mucha sed. De vez en cuando, sobre todo cuando estoy confuso, me agrada beber unos dedales de whisky de centeno con toques de cerveza por separado.

—¡Invito a beber algo! —vociferé.

Los árboles desfilaban pegados unos a otros en una sola valla.

—¡De acuerdo! —me gritó—. ¡Hay una “trattoria” cercana!

La cantina playera estaba a más de una milla que el “MG” devoró en unos cincuenta segundos. Salí del asiento con alivio.

La cantina aislada de la estación gasolinera, tenía varios compartimientos estancos y recoletos. Ideales para parejas.

Trajeron el whisky con las cervezas. Lena declaró estar también sedienta y gustarle mi combinación. Al tercer dedal empecé a hablar. Me importaba un pepino que Lena fuese una posible espía de «Dambra. Era como hablar con un siquiatra. Pero mejor todavía, porque era una mujercita muy provocativa.

Y no decía ni media. Ni preguntaba ni opinaba. Sentada a mi lado, en la mullida banqueta, bebiendo con aquella boca tan golosa, sonriéndome.

Le expliqué mi visita a Frank Luppo, la llamada de la viuda, los avisos de Dambra...

—Lo que más me solivianta es la frescura de Mado. Bailando como una minina... Y diciéndome que me largase.

Vació el sexto dedal. Y la tercera botella de cerveza,

—Le oí decir a Dambra que te fueses recto al otro lado de la frontera, Max —declaró ella con la solemnidad que produce el buen whisky cuando el frasco está mediado.

—Aunque solamente sea por llevarle la contraria ya que se le ve poco acostumbrado a que no le hagan caso, voy a quedarme hasta aclarar todo el lío. Vaya que sí —afirmé convencido.

Lena Ferris asintió con gran empaque.

—¿Sabes una cosa, Max? Me gustas.

—Y tú también me gustas. ¿Nos vamos?

Se levantó. Se inclinó. Su boca era blanda y jugosa. Mareaba. Me así de su talle.

Cuando separó la cara, me quedé entontecido. Dijo:

—Vámonos, Max.

Al sentarme junto al volante, especifiqué:

—Si pasas de setenta, me apeo.

Me hizo caso. Y se divisaban las farolas del primer muelle de Génova, cuando ella viró por una lateral, deteniendo el bólico en una anchurosa calle de pocas luces, y aisladas casas.

Ladeándose en el asiento, señaló hacia el fondo.

—Piazza Ticinese. Verás un globo azul. Es el “Albergho Loreto”. Dormirás como un angelito.

Me rodeó el cuello con ambos brazos. Besaba con avidez. Me han besado bastantes veces, pero nunca así. Era como si me infiltrase jugo de fresas, pimienta, natillas y dinamita.

La enlacé con fuerza. Era sólida. Respingó un poco y apartó la cara para respirar. Me entretuve en desabrochar los dos grandes botones altos del blanco tejido.

Interiormente no había sino otro tejido. De gasa oscura, o serían encajes. Lo muy evidente es que titilaban libres las magníficas y gemelas redondeces.

De pronto pareció asustarse. Forcejeó. Tenía cosas raras aquella extraña muchacha. A ratos daba la sensación de ser más que desenvuelta y a otros, púdica.

Empleó una llave desleal. Me agarró con fuerza de las orejas.

—Me das miedo ahora, Max. Vete y mañana volveremos a vernos.

Resoplé fastidiado. Además apretaba y me empezaban a doler

las orejas. Dije:

—Gracias por traerme hasta el hotel. Y si me sueltas, me apeo.

—¿Palabra?

—Ostras... Yo no abuso de ninguna mujer; si no quiere ella.

Me soltó y me levanté del butacón. Junto al grueso tronco en la acera, la contemplé. Había olvidado abrocharse.

Una enigmática sonrisa la hizo algo Gioconda. Avancé y ella pisó a fondo. El bólido partió disparado, viró en la plaza, y desfiló como una exhalación delante de mí hacia la autopista.

En el “Albergho Loreto” me dieron una habitación muy confortable. Y el conserje prometió que a las cinco en punto me despertarían.

Dormí como un tronco. A las cinco y media, reanimado por el café salí a la calle. Tardaría aún en amanecer.

Y súbitamente le di prisa al taxista del hotel.

Tenía una visión o un presentimiento. Mado Luppó sabía cosas peligrosas. La encontraría muerta. Un balazo en la sien. O estrangulada.

El 14 en el Corso Magenta era una casa de tres pisos en un bloque de casas idénticas. Pardas y señoriales. Subí los tres peldaños de la puerta principal.

Con progresiva aprensión. En el vestíbulo débilmente iluminado estaban los buzones. Seis. Y había seis timbres en dos hileras. En hermosa plaquita blanca, con tarjeteros.

Pulsé el botón sobre la tarjeta: “MADO BIANCHI”.

Un apellido demasiado llamativo el de casada, y por eso empleaba con preferencia el de soltera, me dije.

Respiré aliviado. La puerta se abría. Estaba viva. Muerta no podía hacer funcionar el pulsador de apertura.

Subí las escaleras alfombradas. De tres en tres. No me agradan los ascensores. Tienen sorpresas al salir de ellos, si como era posible, en vez de Mado, me aguardaban Buster, Enrico y Compañía.

Pero en el tercer rellano reinaba la misma quietud silenciosa que en el resto de la casa.

Arañé suavemente la puerta donde estaba la tarjeta Mado Bianchi.

Oí el cerrojo descorriéndose desde dentro. La puerta se abrió

unos centímetros. Lo suficiente para dejarme ver a una rubia con pijama negro.

NO era la viuda de Frank. Era la rubia redondita que aquella misma noche a las diez, estaba sentada en el sofá junto a Nick Dambra.

Me detalló con anchurosos ojos oscuros y soñolientos.

—¿En qué puedo serle útil?

Una pregunta tonta. Pero gentil, amistosa. Aunque la voz sonase tan adormilada como parecía.

—¿La he despertado? —quiso saber.

—Creo que sí. Ah... Ya le recuerdo, grandullón. Amigo de Nick.

—Eso es. Soy Max Stone.

Seguro que la trampa estaba dentro. Allí estarían esperando Buster, Enrico y Compañía.

La rubia dilató los ojos y abrió la puerta.

Era una habitación enorme. Alcoba y a la vez cuarto de estar. Olía a perfume de rosas y anís. Cortinas echadas. La única luz procedía de una pantalla junto a dos camas-diván.

Una forrada y con su forma diurna. La otra abierta con sábanas arrugadas y una almohada.

La rubia cerró la puerta. Se reclinó en ella.

—Por fuera dice que aquí vive Mado —manifesté.

Otras dos puertas. Una debía conducir al cuarto de baño. La otra al comedor-cocina. ¿Estarían allí agazapados? La rubia parecía ser propiedad de Dambra...

—Mado y yo compartimos este piso. Me llamo Rossana.

Y entonces adiviné lo que era aquel olor de anís mezclado a rosas. Rossana estaba encendiendo un cigarrillo que hasta entonces llevaba apagado entre los dedos.

Marihuana.

Traté de pensar aprisa. Ella tuvo que presenciar forzosamente la escena durante la cual y como epílogo, Nick Dambra me declaró indeseable, echándome de su palacio. ¿Cómo dijo ella entonces la frase de recepción...?

—“Ya le recuerdo, grandullón. Amigo de Nick.”

Ataqué sin perder de vista las otras dos puertas. Y sin moverme:

—Aquí hay gato encerrado, Rossana. ¿No estaba usted allá cuando discutí con Enrico?

—Me molesta que a mí, aunque sea el propio Dambra, me echen y me ordenen esperar como si fuese una esclava. Cuando usted entró en el saloncito privado de Dambra, me dije: “Chica, dale una lección a este engreído de Nick Dambra. Que te busque si le interesas”. Y me vine directamente aquí, sin esperarle a él.

La cosa estaba más clara, pero insistí astutamente:

—¿Y cómo no está aquí Mado?

—Que me registren. Es mayor de edad, ¿no? Yo le abrí porque pensé que era Ray el que venía...

Algún amiguito.

—¿Y cuándo vendrá Mado?

—Que me registren —repitió—. ¿Quiere beber algo, grandullón?

No esperó la respuesta. Dirigiéndose hacia una esquina, caminaba con ondulante felinidad. Aquel pijama negro era un portento. Sentí sed. Pero objeté:

—Creí que se había levantado usted ahora mismo, Rosy.

—Por eso mismo necesito reconfortarme.

Apartó una cortinilla y apareció una nevera. La abrió, se inclinó, y sin volver la cabeza, quiso saber:

—¿Vodka, scotch, rye, ginebra...?

Aflojé mi corbata y dije que me daba igual. Ella echó dos cubitos de hielo en dos vasos, largó un chorrito de algo y volviéndose avanzó tendidos los brazos, con un vaso en cada mano.

En aquella postura parecía poseer dos imanes. No había modo de que mis pupilas se apartasen. Y se dio ella cuenta, porque inspiró a fondo y aguantó el aire unos segundos.

Me esforcé en recordar que yo había venido para obtener información de la viuda de Frank. Bebí un trago. Era seco y debía ser una mezcla.

—Seguro que no tardará mucho Mado. Instálate como si estuvieras en tu casa, grandullón.

Me señalaba uno de esos trastos en forma de cesta que a primera vista parecen el colmo de la incomodidad, pero cuando uno se encaja resultan fantásticos.

Los oscuros ojazos de Rosy habían adquirido un extraño brillo. El veneno de la marihuana dicen que triplica el efecto de un sorbo de alcohol. Venía bien porque así se pondría comunicativa y me aclararía una serie de misterios.

Además, no sé por qué, Rosy me daba la sensación de que era una cabra enajenada. Tenía un modo de mirarme como si quisiera hipnotizarme...

Y no se estaba quieta. Iba y venía. Se paraba. Volvía a moverse. Empezaba a marearme con tanto meneo.

—¿Hace tiempo que compartís este piso Mado y tú?

—Meses. La conocí en el “Kik Club” donde era animadora.

—¿Y la dejaba su marido?

—¿Qué marido?

—¿Cómo, qué marido? Pues Franky Luppo.

—Primera noticia.

Se escancié otro vaso. Yo dije que no.

Regresando, tenía ella los ojos como dos faros.

—Yo bailo en el “Kik”. La mayor parte de las bailarinas tienen músculos feos en las piernas. Yo no, ¿sabes?

Y la muy cabra soltó un broche o yo qué sé... El caso es que el negro pantalón resbaló formando un montoncito en torno a sus tobillos. Alzó los dos pies uno tras otro.

La chaqueta le llegaba un poco más abajo de donde la pierna deja de serlo. Se puso a reír y me contagió.

De pronto se me enroscó. Flexible como si no tuviera osamenta. Lo que siguió podía parecer una especie de lucha poco libre. Yo pugnando por salirme del asiento y ella juguetona, impidiéndomelo.

No estoy seguro quién ganó el combate. Iba siendo tablas hasta que pasó lo más grotesco que puede pasarle a un hombre.

Perdí el sentido. De una manera rara. Como si el asiento fuese un globo neumático hinchándose poco a poco y elevándome al techo. Dejándome flotando, plácidamente.

Lo primero que hice al abrir los ojos fue mirar la hora. Exactamente las siete menos cinco. Me silbaban los oídos, y tenía la lengua pastosa.

—Maldita sea.

Dos palabras poco originales. Machacando constantemente en mis tímpanos. Era yo el que las mascullaba, dirigiéndome a tientas hacia la nevera.

Estaba clara la cosa. Rossana me había dado algún mejunje que me privó del sentido. Así el jarro de agua fresca y bebí como un canelo con fiebres.

Se trataba ahora de meditar... Dejé caer el jarro sobre la alfombra.

La luz de la esquina no era mucha, pero sobraba.

Allí estaba Mado Bianchi, la propietaria del piso. En el diván-cama de las sábanas arrugadas.

Tenía los ojazos violetas muy abiertos, dilatadísimos, fijos en el techo. Abierta la boca y asomada la lengua. Hundida en la carne de la hinchada y descolorida garganta, una corbata.

Me palpé el pecho.

Era mi corbata la que rodeaba la garganta de Mado.

Me aproximé. La pobre estaba completamente fría. Sin el menor latido vital.

Permanecí alelado, con mi cerebro bullendo, mirando la automática en el suelo, sobre la alfombrilla. La diestra inerte de Mado rozaba la culata...

Estaba claro. Una trampa inicua. Yo aparecería con plomo...

Pegué un brinco sensacional.

El disparo resonó con un estruendo espantoso. Destinado a despertar a toda la vecindad.

El segundo disparo barrenó el otro diván que estaba yo alzando como parapeto.

Los balazos procedían de una de las dos puertas entreabiertas. Una mano enguantada con una cicatriz roja en la muñeca.

Y estaban aporreando la puerta de entrada al piso. Con gran ímpetu. Avancé presentando en vertical el diván. El colchón felizmente no era de muelles, sino de hermosa, compacta, mullida lana.

—¡Abran ! ¡Policía!

Bramaban fuera de la puerta que iba crujiendo de tanto recibir golpetazos. Y el de la muñeca con la cicatriz delatora consumió el resto del cargador.

Pero ya lo tenía yo preso. Taponé el umbral encajando de un empujón furioso el diván. Mi salvavidas entregaría al culpable a la policía italiana.

CAPITULO V

A las cuatro de la tarde, introducir el llavín en la puerta principal de la Agencia Darc-Stone me produjo una sensación deliciosa. Como la vuelta al hogar.

En la antesala los muebles seguían siendo anticuados y confortables. Pasé al despacho.

Mike alzó la mirada. Yo agité la mano en cordial saludo. Había un visitante. Seguramente un cliente. Estaba en pie, disponiéndose a irse.

—Le presento a mi socio, Max Stone. Ray Bianchi.

Ray Bianchi tenía aspecto de director de orquesta. Atildado, juvenil, de sonrisa “Pepsodent”. Estrechó mi mano.

—Celebro conocerle. Hasta pronto.

Se iba hacia la puerta, acompañado por mi socio. Titubeé. Pero le dejé marcharse. Ya se enteraría por la Prensa que su hermana Mado había fallecido en circunstancias misteriosas.

Mike regresó y sentándose, me dedicó una ojeada escrutadora.

—Te esperaba esta mañana a primera hora, Max.

—Hubo complicaciones. Oye, este muchacho es el hermano de la viuda de Frank Luppo, ¿verdad?

—Sí.

—No estaría enterado todavía de la muerte de Mado, ¿verdad?

A veces los ojos de Mike tienen reflejos homicidas.

Encogí los hombros, disponiéndome a relatar los hechos, pero él me atajó:

—Anoche, en casa de Nick Dambra, un hombre llamado Enrico Stressa debió darte un mensaje de mi parte.

—Me lo dio. Y yo estaba bien dispuesto a olvidarme de Mado y el guillotinado, pero no pude.

—Y peleaste con Enrico.

—¿Cómo te enteraste?

—Dambra tuvo a bien telefonearme, rogándome en beneficio de tu salud que te convenciera para mantenerte alejado de sus cercanías.

—Sí, pero luego Mado me citó.

—Cuéntalo a tu modo.

Le conté que Lena Ferris me facilitó la ida a Génova. No había motivo para aludir a intimidaciones. Le expliqué mi encuentro con Rossana, mi pérdida de sentido y mi vuelta a la noción.

Lo de mi corbata...

Mi socio miró la tira azul lisa que me colgaba del cuello de la camisa.

—Esta la compré en Imperia, esperando que acabasen de reparar mi “DS”. Estos garajistas italianos son bastante informales y...

—¿Tu otra corbata?

—Pues se quedó allí. Me daba reparos, estando Mado muerta. Además empezaron a dispararme desde el comedor.

—¿Quién?

—No lo sé. Una mano enguantada. Oye... ¡La vi claramente! La cicatriz roja esa de la muñeca del tipo que sacudió por el cabello al narcotizado Frank Luppó en el hotel “Montessio”...

Mike apoyado sobre un codo, colocó las yemas del medio y el pulgar apretándose el caballete de la nariz. Cerrando los párpados.

Guardé silencio. Estaba reflexionando y parecía de mal humor.

Mantuvo los ojos cerrados y con las mismas yemas se masajéo los párpados, diciéndome con tono cansino:

—Recuerda que pudiste ser campeón de lucha, pero debido a que bebías alcohol cada vez que una chica te inspiraba ansiedad de cariño según me confesaste, preferías abandonar el ring. Bebiste un poco con la llamada Lena Ferris, dormiste cinco horas y bebiste otro poco con la tal Rossana o Rosy.

—Pero todavía no soy un dipsómano, y sé distinguir perfectamente cuándo estoy ebrio y cuándo estoy achispado. Estaba serenísimo y la prueba es que cogí un diván y lo encasqueté contra la puerta del que disparaba. Era infalible. La policía llamaba a la puerta. Yo les entregaría al culpable que quería que me endilgasen el estrangulamiento de Mado. La inocencia siempre es visible, y mis declaraciones... Bueno, el caso es que aporreaban la puerta, y oí que tras el diván cerrando la salida, unos pasos corrían en sentido opuesto al diván.

Mike abrió los párpados. Volvió a ser amistosa su mirada.

—Comprendí que el asesino se fugaba. Tuve que echar abajo el diván. Entré en el comedor y vi la ventana abierta. Daba sobre un

patio. Había escalerilla de incendios. Bajé a todo gas, pero ni rastro de Muñeca Roja, Y entonces... salí de estampida.

—¿Hacia dónde?

—Lo más lejos posible. No podía subir arriba. Ya no me iban a creer. Me fui a la Piazza Mezzogiorno. De ahí salen todos los autocares costeros. Pensé que con una muerte de por medio, complicando más el asunto, lo que se imponía era hacerte caso. Almorcé en “Imperia” porque no tenían aún reparado mi “DS”, y... aquí estoy.

—¿Y estarás fatigado, no?

—Figúrate... Durante todo el viaje, desde que bajé por la escalerilla hasta que subí estas escaleras, no he parado de meditar.

—¿Qué conclusiones sacaste?

—Obvias. La cita que me dio Mado debió oírla alguien. Mandan a la rubia Rossana... Bueno, es teñida de cabello, porque de natural es morena... Mandan a Rosy a que me camele. Ella me echa algo en la bebida. Colocan el cadáver y avisan a la policía. El pistolero acecha, para que se oigan los disparos a tiempo. Es decir, cuando venga la policía. Y así, yo muerto, la pistola en el suelo, cerca de la mano de la difunta, me encasquetan a mí el estrangulamiento. Está claro.

—¿Y qué has decidido?

—Consultar contigo.

—Consulta.

—Comprenderás que se trata de un caso personal. No solamente la banda de Nick Dambra acabó con Frank y su esposa, sino que además querían complicarme del modo más canallesco posible. Por cierto, Rosy dijo que Mado no estaba casada y que ni conocía a Frank Luppo. Pero siendo una embustera, cualquiera se fía de ella.

—Estimas entonces que se trata de un caso personal entre tú y la pandilla de Dambra. ¿Quieres cobrar los dos mil quinientos dólares, sí o no?

—Sí y no.

—Aclara.

—Por una parte me vendrían bien, pero por otra sería... como desertar. Yo vuelvo a Génova y a Ventigioisa apenas me des una pista. Una pista sólida, que obligue a Dambra a confesar, como sea. Yo creo que con los datos que te aporte, y mientras me tumbo a

dormir un poco para estar en forma, cuando me despiertes ya tendrás algo olfateado.

—De acuerdo. No... No te vayas todavía a echar la siesta. ¿Has oído hablar de la Mafia?

—Anastasia, Adonis, Luziano, los puertos de Nueva York, los casinos de juego, etc. Rufianes bien organizados.

—Supongamos que Dambra pertenece a la Mafia. Supongamos que Luppó pertenecía también a la Mafia. Si damos por hecho que el F.B.I. logró, en parte, desorganizar la sociedad que se llamó “Murder Inc.” y que este Sindicato del Crimen se ramificó en otros lugares, ¿qué pretendes tú? ¿Desafiar a los mafiosos que pululan entre Génova y Milán?

—A mí todo eso me tiene sin cuidado. Yo voy al asunto. Le prometí a Frank Luppó indagar y no me apeo.

Miles suspiró. Resignado. Levantándose, dijo:

—Quitaré la conexión del timbre, Max. Duerme. Haré averiguaciones y te expondré mi parecer.

Dormí a fondo. La materia gris de Michel Darc entraba en funcionamiento. El diván de la antesala era espacioso y superaba a cualquier cama vulgar.

Durante todo el viaje me noté muy soñoliento. Eran los efectos retardados del bebestorio que me endilgó Rosy. Lo cierto es que me desperté con un hambre espantosa.

Y eran exactamente las dos y doce de la madrugada. Ni rastro de Mike por el despacho, la antesala y el cuchitril de aseo.

Fui a la alacena y me preparé unos emparedados soberbios: jamón, queso, atún, pastel de ave y cabeza de cerdo. Todo rociado con cerveza. Aguardé sin grandes esperanzas.

Mike es un luisiano. Astuto, taimado y reservón. Nunca he averiguado dónde duerme. Oficialmente en un hotel, pero casi nunca pernocta allá. Lo comprobé telefoneando.

El soñoliento conserje del hotel especificó que “monsieur Darc no estaba en su habitación”.

A las ocho de la mañana, después de descabezar otro sueñecito, estaba yo ventilando la antesala cuando entró Mike.

Venía de buen humor.

—Hace un día espléndido, Max. Te quedas dueño de la agencia hasta mi regreso. He aceptado una investigación y salgo para París

ahora mismo. He venido a recoger algunas cosas.

—Ey... ¿De lo que hablamos ayer, qué?

Entrando en el despacho, sacudió Mike la mano como si aventase una mosca.

—Tengo prisa. Todo lo que disparará tus escrúpulos está grabado.

De su eterno portafolios donde caben muchas cosas, extrajo Mike una cinta magnetofónica, dejándola sobre la mesa.

—Estaré ausente un par de días, Max. Pórtate bien en mi ausencia. Si hay visitas, toma nota, y citas para dentro de tres días. Como siempre.

Iba de nuevo hacia la salida. Le corté el paso.

Me miró afectuosamente:

—No seas pesado, Max. En la “Grundig” te lo explico todo. Totalmente explicado.

Le dejé marcharse. Poco después la grabadora “Grundig” reproducía ampliada la cinta “Minifón”.

Michel Darc afirmaba en perfecto italiano:

—La muerte de su hermana Mado parece no haberle afectado mucho, señor Bianchi.

—Desde el mismo día, hace ya unos dos años, en que aceptó vivir maritalmente con Frank Luppo, le pronostiqué un triste porvenir.

La voz del que así hablaba era inconfundible. Rica en sonoridad musical. Ray Bianchi proseguía:

—Hice lo imposible para que abandonase a un hombre reclamado por la policía francesa y norteamericana. Pero Mado era muy terca. Estaba enamoradísima de Luppo.

—No obstante, usted ha decidido volver a Génova.

—Pero dejo a la policía que cumpla con su misión, sin entrometerme. Precisamente esta misma tarde, le dije a usted que consentí en prestarle mis documentos de identidad a Mado, porque no le podía negar el favor que me pedía y estaba ella muy afectada. Yo la acompañé a Marsella y esta tarde le pedí a usted que desistiera de toda investigación. La policía italiana se cuidará de apresar al culpable de la muerte de Mado. Un culpable muy difuminado, como una hidra.

Estaban hablando en un coche parado, porque ahora el ruido era el de un motor calentándose.

Ray Bianchi le deseó buenas noches a mi socio. Y Mike correspondió. Después, un poco de zumbido de motor. El coche parándose y Mike hablándome:

—Ya has oído lo que declara el propio hermano de Mado. Esta no era la legítima esposa de Luppo. A nosotros nos dijo que era su esposa, por cierto pudor. Apenas te dejé fui a visitar a Ray Bianchi. Me dijeron en su hotel que se había ido. Le encontré en Génova. Regresaba a su domicilio particular, Viale del Parco, 65. Venía de identificar a su hermana en la Morgue. Y ahora escucha, Max.

Escuché con más intensidad de concentración.

—Podrás leerlo en la Prensa italiana si la adquieres, pero en resumen el dictamen forense es el siguiente... Mado Bianchi murió de un ataque cardíaco.

Pausa. Venía de perlas. Grité hacia la grabadora:

—¿Y mi corbata, qué?

—Tu corbata no la encontró la policía. El resultado de la autopsia reveló que Mado Bianchi tenía el organismo minado por el alcohol y las drogas. La tesis policial es lógica: un individuo X estaba con Mado. Vino un rival Z, que disparó. X se protege con un diván. La impresión le produce un colapso cardíaco a Mado Bianchi. Los dos rivales que se dan cuenta, salen huyendo. La Prensa califica a Mado Bianchi como “mujer de moralidad dudosa”. Y Ray Bianchi al mencionar que la policía apresaría al culpable, empleó también un eufemismo. La hidra de muchas cabezas... Quería aludir a los traficantes de drogas. Su hermana se aficionó a ellas y su corazón estaba debilitado. Eso es todo. Archiva la grabación, Max. Cierro.

Silencio. Por más que tendía el oído, silencio. Crucé los brazos, indignado.

—Parece mentira, hombre.

Tuve que levantarme y caminar a un lado y otro para desfogarme. Y me encaré con la grabadora:

—Parece mentira, Mike... ¿Ya no crees en lo que te cuento? Te expliqué clarísimo que era Rosana la que me recibió en el piso de Mado. Y que perdí de vista a Rossana, y a todo lo que me rodeaba. Cuando volví en mis cabales, era Mado la estrangulada. Nada de ataque cardíaco, que bien muerta estaba. Y con mi corbata en la garganta. Como Z empezó a disparar, tuve que ocuparme de él. ¡Es indignante, Mike!

Tomé resuello y le espeté:

—¡La Mafia! Nick Dambra ha comprado polizones, que quitaron mi corbata, y lo dejaron todo como, si fuese una muerte casi natural... Para impedir que yo hablase... que no me creyesen... Claro que pudieron ser más listos y enviar a un pistolero menos torpe, digo yo. O no les interesaba que un detective de Marsella... apareciese junto a Mado... Bueno, me estoy formando un taco.

Miré como rodaban los dos carretes. Cerré de golpe.

Impepinable que era un misterio verdaderamente enigmático. Y tuve la solución. Por lo menos, la tendría apenas lograse atrapar por mi cuenta a la falsa rubia de Rossana...

Desconecté el timbre. Y salí embalado en mi “DS” hacia Génova. En cualquier listín estaría la dirección de Nick Dambra.

En Playa Fosca iba solamente los fines de semana. Y estábamos a lunes.

* * *

El domicilio genovés de Nick Dambra era una mansión señorial del barrio distinguido. Cuatro pisos y aspecto de palacete ducal.

El vestíbulo era imponente. Un portero uniformado me dedicó un amable saludo apenas salí del molinillo de la puerta giratoria.

A un lado había un mostrador con recepcionista y centralilla. Por la alfombra que parecía césped me dirigí al único y enorme ascensor. Un fornido sujeto de uniforme verde como el portero me miró con fría arrogancia. Sin abrir la puerta.

—Dígame, señor...

—Quiero ver a Nick Dambra.

Apuntó hacia el mostrador.

—Tendrá que ser anunciado primeramente, señor.

Titubeé, pero como era tan fino preferí ir por lo distinguido. Me acerqué al recepcionista.

—Tengo que ver a Nick Dambra.

—¿A quién anuncio, señor?

—Max Stone.

Le desconcertó una décima de segundo que mi italiano fuera tan legítimo, con dos nombres tan yanquis. Pero volvió a su hinchada fatuidad.

—¿Tiene cita concertada, señor?

—¡Sí, caballero! Avise ya a su jefe, egregio comendador. ¡Vamos!

Se dignó asir el auricular y enchufar una clavija. No me enteré de lo que dijo. Desenchufó y satisfecho dijo:

—Lo siento, señor. Puede dejar un mensaje, si quiere.

—De acuerdo. Dígale a Su Alteza Niccola que voy a postrarme ante sus plantas.

El tipo del ascensor se empeñó otra vez en cerrarme el paso y esto que tenía la puerta abierta. Le agarré por las solapas de la chaquetilla, le empujé dentro del ascensor, entrando con él.

Quedó contra la pared del fondo y miró mi frente agachada. No podía ver mi antebrazo bajo su barbilla apretándole levemente la nuez.

—¿Dónde reside Dambra? —le pregunté con tono suave.

Bizqueaba un poco. Parecía palparme los dos bíceps.

Debió quedar convencido, porque resolló:

—El señor... Dambra... Cuarto piso..., señor...

Le solté, pero alerta.

—Es usted muy amable — le aseguré—. Lléveme ahora al cuarto piso, por favor.

Se relamió. Cerró la puerta y asió la palanca. El del mostrador hablaba velozmente por su auricular-boquillero, saltones los ojos hacia la caja que ya iba subiendo.

Apenas se paró el ascensor, el operario se apartó dignamente.

Salí y cerré rápido las puertas. Bajó velozmente.

Examiné el pasillo. Ricamente alfombrado, con dos puertas, una a cada extremo. Se abrió la de mi izquierda. Y apareció un desconocido cerrando.

Se volvió para examinarme, hundida la diestra en el bolsillo de su chaqueta veraniega. Era casi tan alto como yo. Con un torso de barril.

De rostro juvenil, pero con muchas huellas de estropicios. Pugilista encajador. Y no debía ser gran cosa en el ring cuando a temprana edad abandonó pasando a otra profesión.

Presté mi máxima atención a la mano oculta.

—¿Es usted Max Stone?

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Dambra no quiere verle.

—Pero yo sí.

Avanzó un paso. Y nos rascamos la barbilla. Cada uno la suya.

—Toque el timbre. Y recoja el ascensor vía a la calle.

—Y un cuerno —repliqué en voz correcta. De pronto vociferé—: ¡Dambra! ¡Quiero verle!

El púgil pareció extremadamente escandalizado.

—¡Ey! —advirtió—. Esta es una casa respetable, animal. A ver si hablamos en voz baja, ¿eh?

Bramé con toda la fuerza de mis pulmones:

—¡Niccola Dambra! ¡No soy ningún cobrador!

El púgil sacó la diestra. Tenía un arco de hierro encajado sobre los nudillos. Silencioso y efectivo.

Acudía rápido sobre la punta de los pies. Amagando un gancho de izquierda a mi caja del pan. Ni caso. El hierro lo llevaba en la otra zarpa.

No me falló el pálpito. La zurda era finta. Se detuvo a medio camino. Su diestra salió en émbolo recto hacia mi barbilla. Me bastó avanzar un paso y agacharme.

Su directo pasó zumbando sobre mí cabeza. Y le hundí la derecha con todo mi peso detrás, en plena tripa. Un golpe desleal.

Se quedó boquiabierto, redondos los ojos. Iba doblando las rodillas. Y alzó el puño con el hierro cuádruple.

Me pasé al otro lado, aplicándole a la vez un toque de canto donde la chata nariz se le unía a los ojos. Le saltaron las lágrimas.

Pero era testarudo. Pretendía hacerme daño con el puño inglés. Dirigiéndole lateralmente a mí sien.

Me agaché, le cogí la muñeca, le coloqué mi hombro bajo el sobaco y aterrizó perfectamente sobre la alfombra. Sacudí el piso.

Estaba tan sonado el pobre, que se puso a gatas. En la posición del pugilista esperando el contarse hasta ocho. Una rodilla en tierra y apoyados los dos puños en la alfombra.

Pero tardaría por lo menos un par de minutos. Tenía la mirada totalmente beatífica. Seguro que veía angelitos y oía ruseñores.

Me dirigí a la puerta por donde había asomado a trabar relaciones conmigo y entré en la residencia privada de Mr. Rex Dambra.

CAPITULO VI

Una sala formidable en decoración y mobiliario. Al fondo, junto a un ventanal panorámico dominando la ciudad, Nick Dambra impecable en su severo traje oscuro, tenía todo el aspecto de un naviero.

Una mesa despacho descomunal delante suyo. Y a cada lado de la mesa, dos desconocidos.

Uno, alto y flaco, con cara siniestra. El otro, ancho y calvo, tenía quijadas de dogo.

Nick Dambra me miraba con aspecto fastidiado. Alirme yo acercando embozó su peculiar risita lobuna.

—A mi izquierda, Luke. Es único lanzando cuchillos.

El flaco Luke cruzaba los brazos. Debía llevar los cuchillos enfundados en los sobacos.

—A mi derecha, Adrián. Fue capataz en los muelles.

El calvo bestial ni se dignó mirarme. Se frotaba las manos. Dos jamones. Seguro que le habían atizado fuerte en la garganta porque tenía una voz muy ronca:

—Tumbó a Dino, patrón.

—Me lo suponía —admitió Dambra—. Vete a buscarlo, Adrián.

Adrián fue hacia la puerta. Ni rastro de Buster y Enrico. Pero había puertas comunicando con otras salas.

—Fíjate bien en nuestro visitante, Luke. Hoy me coge en un momento bueno y saldrá de aquí ileso, si no sé pone pesado. Voy a tutearte, Max, en señal de íntimo aprecio. Puedes corresponderme... —y alzó la voz repentinamente—: ¡Cacho de mulo! ¿Eres idiota o qué? Vienes a provocarme en mi propio domicilio.

—Yo no vengo a provocarte. Si soy idiota o no es asunto mío.

—¡Vete al infierno!

No me lo decía a mí, y miré hacia el nuevo blanco de su cólera. Dino acudía por su propio pie, ojeándome turbiamente, apoyándose en el hombro de Adrián, que lo empujó en un sillón.

Sentándose pesadamente, gruñó Dino:

—Este bestia me saltó encima, patrón.

—¿Qué querías, idiota? ¿Que te diera un pellizco en la mejilla?

Te estás quieto, Dino... No hay revancha. Hoy, no —y Mr. Rex Dambra recogió sobre la carpeta una estilográfica de oro.

Empleó el mango para hurgarse una oreja. Y rió con mueca de hombre que no logra entender un fenómeno. Me miraba fijamente.

—Dime, Max... ¿Eres sordo?

—No.

—Anteayer a las diez y pico de la noche te rogué que regresases a tu residencia laboral. ¿No me oíste, Max?

—Y quizá me hubiese ido, pero me citó Mado. Fui a su piso y la encontré muerta.

—En paz descanse. ¿Qué más?

—Pero la que me aguardaba viva era Rossana. ¿Comprendes?

—No.

—Entonces, llámala y que me explique la trampa. Estoy seguro que Rossana está aquí.

—¿Aquí? Esta es mi casa particular. Aquí se trabaja. No entran mujeres.

—Me gustaría comprobarlo.

Y miré elocuentemente hacia las puertas de la derecha. Las únicas visibles.

—Este chico es un fenómeno. Anda, Max... Te permito que echés un vistazo, pero rápido. Luke comprobará que no tocas nada.

Fui abriendo puertas. Vi un comedor enorme, cuatro dormitorios y tres cuartos de baño. Una cocina. Todo vacío.

Regresé al despacho y sala de estar.

Seguido siempre a cierta distancia por el cuchillero Luke.

—Rossana no está, pero ella me engatusó, Nick.

—Arréglalo con ella. Y ahora, voy a hacerte un favor especial. No sé por qué... Tal vez porque me recuerdas a un bruto que se te parecía mucho, si no físicamente, mentalmente. Terco, valentón y poco despejado. Con los años adquirí inteligencia, desgraciadamente, Max.

Hablaba casi emocionado el gran comediante. Sus tres esbirros le escuchaban con devoción.

—Vas a irte tranquilamente, Max. Vuelve a meterte conmigo, y... me sabrá mal tenerte que mandar una corona.

Sus ojillos eran dos rendijas. Agregó siempre en tono cordial:

—Entre las cejas y el cabello, no tienes mucho espacio, Max,

pero si tu socio te eligió como detective, algo tendrás bajo el cuero cabelludo. ¿Te debo alguna explicación, Max?

—Ninguna.

—Entonces, medita un poco. Si yo hubiese querido liquidar a Franky Luppo, ¿crees que le habría entregado a la policía francesa? ¿Para correr el riesgo de que hablase sobre ciertos negocios míos? Me habría sido mucho más sencillo liquidarlo con un simple accidente. ¿Cuántos mueren atropellados por las grandes ciudades o las carreteras? Montones. Franky atropellado... Franky ahogado por un corte de digestión... Nada tuve que ver con lo ocurrido a Franky Luppo.

—Pero Mado estaba en tu fiesta. La misma noche del día en que al amanecer decapitaban a Franky. Y al amanecer siguiente, la vi estrangulada.

—¿Oyeron, muchachos? La policía y la Prensa declaran que Mado Bianchi falleció por ruptura de la válvula cardíaca que le estalló mientras dos desconocidos sostenían un extraño duelo. A tiros uno, y protegiéndose con un diván por escudo, el otro. Viene Max, el obtuso y terco Max, y nos cuenta que vio a Mado estrangulada.

—¡Con mi corbata!

Arqueó Dambra las cejas. Me calenté:

—Hazte el sorprendido ahora. Si fuiste tú el que pagó a la cabra de Rossana... para que se hiciese la frívola conmigo, me quitase la corbata y...

Niccola pegó un manotazo en la carpeta. Sus tres muchachos se pusieron tiesos como soldados a la orden de "presenten, armas".

Calculé la maniobra. Saltar por encima la mesa y agarrar por el cuello a Nick. Era mi única salvación.

Pero Nick Dambra pareció agotado por el manotazo. Con infinito cansancio, dijo inesperadamente:

—Dios te proteja, Max Stone. No valdrán de nada los consejos que pueda darte. Los mismos que mataron a Franky... Los mismos que han acabado con Mado Bianchi... terminarán contigo, ahorrándome el trabajo. ¡Se acabó la charla, Max! Nadie te cerrará el paso. Que el aire libre te inspire y te impulse a regresar a Marsella. Sigue por los alrededores, persiste en jeringarme..., ¡y como hay Cristo, que lamentarías haberme conocido! Adiós.

Y le dio vuelta a su sillón giratorio. Presentándome el cogote. Insistir era del género estúpido.

Emprendí la retirada. Nadie se movió. El del ascensor me acompañó hasta abajo en digno silencio. Me pareció que me miraba con pena...

Era curioso. Apenas en la calle, todo lo que en el despacho de Dambra resultaba amenazador, mafioso y siniestro, quedaba borrado. Pasaba gente normal.

Me dirigí hacia el estacionamiento. Rossana me habló del “Kik Club” donde bailaba. Allí me darían su dirección. Porque no sabía su apellido.

Rossana era la clave de todo.

Tras el volante consulté la guía. Detallaba todas las diversiones, con las tarifas. El “Kik Club” no era un cabaret portuario ni un night club.

Era un “Burlesk” importado de U.S.A., aclaraba una nota al pie de la página; añadiendo:

“Espectáculo excepcional. Modelos en Cuadros Plásticos. Las Tres princesas, del Strip-Tease. Reservado el Derecho de Admisión.” Y contemplé la lista de las Tres Princesas del Strip:

“LENA FERRIS, Ritmo y Gracia.

"MADO BIANCHI, Impacto de Fascinación.

"ROSSANA TIZIANO, Demoledora Venus."

—Ostras —comenté cerrando la guía.

Y salí embalado hacia la dirección del “Kik Club”.

Un guardia del tráfico me hizo un ademán y le correspondí amistosamente, hasta que interpreté que no era un gesto cordial.

Frené el ímpetu. Y puse la aguja del cuentamillas a 30. Se trataba de ir atando cabos. Lena Ferris me aguardaba en Playa Fosca. Dijo que era representante de productos de belleza. Mentira.

Mado Bianchi me dijo que era la esposa de Frank. Mentira.

Rossana Tiziano soltó una mentira a cada frase que ronroneó.

Y las tres juntas, formaban la atracción cumbre del “Kik”, en cuyo anuncio hacían constar: “Cerrado sábados y domingos”. “Tres shows: 14 h. 18 h. 23 h.”.

No había modo de aparcar y dejé mi "DS" en un garaje cercano. A pie recorrí el Viale Allemagna que contorneaba el Parco Sempione. Un parque muy agradable, con lagos y cisnes.

Las casas eran antiguas y de lujo. Pero de pronto al entrar en la Vía Saffi el decorado cambiaba. Locales comerciales, hangares, con cantinas intercaladas y una serie de Clubs con nombres rimbombantes.

Abundaban los camiones y tipos rudos efectuando tareas de descargador. Me detuve en el umbral del “Kik Club”. Un arco que de noche debía ser luminoso, anunciando ahora con bombillas de colores mustios que estaba donde actuaban Lena, Mado y Rossana.

Entré en el amplio corredor. A cada lado, vitrinas con fotos sugestivas. Al fondo había una cortina y se oía rumor de twist. Un disco trepidante.

Ensayos, seguramente. Se apartó la cortina y aparecieron dos muchachas apresuradas. Vestidas. Una rubia teñida y una pelirroja teñida. Se notaba demasiado. Ambas tenían en común una cosa. Mejor dicho, dos cosas. Muy salientes.

No sé cómo se las componen hoy las mujeres para agenciarse un diámetro pectoral tan agresivo.

Me puse de modo que tuvieran que topar conmigo. Una rió y la otra asió su bolso dispuesta a emplearlo como instrumento contundente.

—¿Rossana Tiziano? —pregunté amablemente.

—En su camerino. Tercera puerta a la izquierda, joven.

Y la pelirroja falsa rió nuevamente. La otra la arrastró fuera por el codo. Las contemplé un instante por la retaguardia. Magníficas constituciones anatómicas era por lo visto superficialmente, la condición exigida para triunfar en el “Kik”.

Aparté la cortina. Al fondo un bar en semiarco. Al centro pista. Mesitas con sillas encima. Palcos. Un piso alto con más palcos.

No había nadie a la vista. La música procedía de una radio. Olía a rosas y anís...

A mi izquierda estaba la guardarropía cerrada y un pasillo al lado, por el cual me interné. Empujé la tercera puerta y me mordí el labio inferior. Hasta sangrarme.

Rossana estaba de espaldas en pie ante un espejo. Llevaba zapatos de alto tacón, largas medias negras, una combinación poco tupida, un portaligas y se había soltado la melena.

Tenía las espaldas anchas en proporción al talle de avispa. Y no era nada exagerado el que la inscribía en el anuncio como

Demoledora. Tumbaba de espaldas.

Se volvió lentamente y sus oscuros ojazos me detallaron interrogantes. Se notaba que el hecho de actuar tres veces cada día laborable ante mucho público la dejaba indiferente a las miradas ansiosas.

Balé:

—Me dijeron que usted era Rossana.

—Y soy Rossana.

Su voz grave y acariciante remataba la demoledora efectividad de su figura. Era prodigioso el resalte frontal que tensaba la tenue tela de color carne.

—Aquí hay una confusión —le expliqué—. La Rossana que yo creía encontrar es más pequeña, menos... demoledora. Me dijo que actuaba de bailarina aquí y como esta madrugada se despidió...

Comprendió ella que su portentosa estampa me privaba de toda coherencia. Tendió una mano y recogió otra tela en la que introdujo los dos brazos.

El vestido fue deslizándose hacia abajo y ella a la vez avanzaba hacia mí. Era tentadora en su proximidad, pero sus ojos expresaban lástima...

Tardé en darme cuenta del motivo. La voz era áspera :

—Ahueca y aprisa.

La maravillosa criatura salió corriendo. Y me quedé en el camerino contemplando a Buster Ruggiero, el paquidermo y Enrico Stressa, el guapo de la matraca.

Uno a cada lado de la puerta. El camerino quedó empequeñecido repentinamente. Estaban a tres pasos. Con las manos hundidas en los bolsillos de sus chaquetas deportivas y veraniegas.

—Te has pasado de raya, Max. —me anunció Enrico cordialmente.

Fríos e inexpresivos los ojos bajo las peludas cejas, no quiso que me quedasen dudas.

—Este local es uno de la cadena propiedad del patrón. No has hecho caso de los consejos que te dio el patrón.

—Y ahora pagarás la factura atrasada, Max —sonrió Enrico.

De los dos, me resultaba menos antipático Buster.

Y de los tres, ninguno estaba desprevenido. Pero Enrico sacó la

diestra, encañonándome con una automática, cuyo calibre y marca no me paré en estudiar.

Buster dijo:

—El patrón quiere escarmentarte. Te lo buscaste. Andando a la sala.

Nick Dambra era preferible a aquellos dos matones. Pero impuse una condición:

—Saldré si os apartáis de la puerta, muchachos.

—Tiene miedo —rió Enrico.

Seguía resentido porque quedó ridiculizado ante mucha gente. Buster desplazó su humanidad. Y allí fue donde fallé. Perdí por un momento el buen sentido visual.

Hipnotizado por la muñeca derecha de Enrico. Tenía un cerco rojo. Como un fino brazalete. Una cicatriz.

El trompazo fue de órdago. El malaúva de Butser aprovechó mi distracción para zumbarme con el puño cerrado en la sien. Un ladrillo compacto se habría roto. El puño de Buster era irrompible.

Fui corriendo a empujar con el hombro la pared opuesta. Sacudí la cabeza y a la vez alcé una pierna.

Enrico pronunció varias palabras malsonantes, agarrándose con fuerza la entrepierna. Mis pupilas no podían divisar detalles, pero sí los bultos...

Abultaba mucho Buster a dos pasos, aconsejando paternalmente:

—Ojo con este cernícalo, Enrico. Encaja.

Encorvado Enrico a lo cangrejo. Y Buster avanzó con una seguridad pasmosa. Colgantes los puños. Con bamboleo de oso. Tenía la piel de la cara tensa. Seguro que nunca supo sonreír.

Su largo brazo derecho se alzó desde la rodilla, en gancho veloz. Finta. Di un paso de lado y le hundí mi zurda en el vientre a la vez que le cogía por el crespo cabello.

Era como pegarle a la pared. Se limitó a gruñir. Irguiendo de golpe la cabeza que yo quería mantenerle agachada. La coronilla me chocó de lleno contra el mentón.

Tuve la impresión de que mi seso se convertía en perdigones agitados dentro de un cubilete.

—Déjame a mí, Buster —gemía Enrico—. Tengo una cuenta pendiente con él.

La pared a mi espalda me impedía caer. Buster había

retrocedido. Y con su impasible adustez hizo un gesto que aminoró el daño en mi amor propio.

Se llevó un pulgar que parecía un salchichón a una fosa nasal. Sopló fuerte por la otra. Empujándose con el pulgar el tabique de la nariz rota y ancha.

El testarazo tramposo fingiendo verse obligado a doblar la testuz... El resoplido ruidoso... ¡Orso Ruggi! Ese era el apodo que empleaba en los rings de París, Roma y Nueva York.

Asesté una coz lateral de aviso al importuno Enrico que pretendía cogerme desprevenido y que saltó hacia atrás. Quedó sentado en una silla adosada a la pared de mi derecha.

Era ya una cuestión personal entre Orso-Buster y yo. Volvía a aproximarse con su característico bamboleo de oso. Una engañaifa más. Porque era ágil el condenado.

No cabía la menor contemplación. Insinué un salto cabezón para obligarle a ladearse. Lo hizo. Le hundí la rodilla en la ingle. Gruñó, largándome un toque en el pecho. Con el puño, cuando yo esperaba otro testarazo.

Boquéé en busca de aire. Pegándole un tajo de canto en la carótida. Hizo una leve mueca dolorida. Y avanzó las dos manos engarfiadas para cogerme por las muñecas.

Su otra llave favorita. Presa de muñecas, testarazo en los dientes. Esperaba otro rodillazo y se llevó la gran sorpresa. Me limité a saltar hacia arriba y clavarle mis dos tacones en la punta de sus respectivos zapatos.

Me soltó las muñecas contemplándome con reproche. Lacrimoso. Porque el doble pisotón simultáneo al obligado punterazo en sus tobillos, era una llave poco conocida. De mi creación personal y en sitios aislados sin público.

Aproveché su aguda estupefacción para colocarle el puño entre los ojos y un manotazo en la nuca. Atrayéndole por el pescuezo, el rodillazo en la barbilla resultaba mucho más eficaz.

Se movilizó hacia atrás brazos abiertos derrumbándose de espaldas. Derribó varias cosas y el espejo se hizo añicos.

Enrico estaba adherido a la otra esquina.

Me zambullí para aplastar con mi peso a Orso Ruggi. Bien dispuesto a rematarlo a base de cogerle de los rizos y aplicar contra el suelo varios cabezazos. Suyos.

El hombre se merecía su renombre de veteranía y su expulsión a vida de los rings desde la primavera del año anterior.

Parecía estar a mi disposición, casi inerte. Pero me cortó la zambullida de modo convincente. Nada de alzar una pierna, como era de imaginar.

Alzó las dos manos a la vez como si fuera a aplaudir. Sus dos palmas me cubrieron las sienes, pómulos y maxilares con un estampido que resonó por todo mi cuerpo desde la raíz de mis cabellos a la planta de los pies.

Y el muy galápago, valiéndose de mi cabeza, pudo moverse por el suelo empujándome a un costado. Mi cabeza le servía de asidero provisional. La soltó.

Besar el suelo no me hizo daño porque ya estaba totalmente entumecido e insensible. Pero *groggy* funcionó por, deformación profesional el juego de caderas.

Rodé hasta llegar a la pared y Orso-Buster se puso en pie lentamente. Se aplicó el pulgar a un lado de la nariz y resopló ruidosamente.

No lo vi con detalle, pero le oía. Y me chocó mucho aquel puntapié inesperado. Si Orso estaba delante mío a tres pasos...

Agarré por el tobillo a Enrico, atraje, empujé y Enrico alzando los brazos se fue alejando rápidamente. Le oí chocar contra algo de madera que crujió.

Me dolía el costado. Y con las espaldas contra la pared fui levantándome. Orso-Buster avanzaba de nuevo, adelantadas las zarpas, relucientes los ojillos con la sañuda felicidad del oso ante el panal de miel.

Había mucha neblina y adelanté mis manos hacia el sitio donde aproximadamente calculé que tenía la garganta. No estoy seguro si me pegó con la cabeza o con la rodilla. Lo que comprobé es que fue como si me diera con un hacha detrás de las rodillas.

Privado del apoyo de mis piernas, me agarré a su cintura. Dando cabezazos. Y uno llegó porque le oí mencionar su duda sobre la legitimidad de mi nacimiento.

Me sorprendió poder seguir combatiendo, mi seso no estaba en condiciones de dirigir ningún plan de pelea. En la niebla que me envolvía un color rojo me entusiasmó.

Brotaba de la boca de Buster. Por eso me dolía la frente. Había

chocado con la dentadura del veterano. Que me estaba empujando con la palma bajo la barbilla pegándome mazazos en el hígado. Acompañados de toques de rótula en el estómago.

—¡Cuidado, Buster! ¡El jefe dijo que no lo matases!

A lo lejos Enrico chillaba, pero casi no le oí. Había logrado asir por las orejas a Buster, tirando hacia abajo, entrando en cuerpo a cuerpo, porque le abarqué el talle con mis piernas. A la jineta.

Y rodamos por el suelo. Yo debajo. Algo me golpeó en el cogote. Resonó un disparo. Era un disparo.

Eso fue lo último que percibí.

CAPITULO VII

Cuando salí del fondo del pozo de negras viscosidades, lo primero que pude ver fue una bolita blanca. Un trozo de algodón empapado en alcohol.

Era lo que me hacía ver de pronto las estrellas. Como picaduras de avispa o cortes de hojillas de afeitar. El rostro inclinado era flaco y severo.

Un perfecto desconocido. Otra masa de algodón presionó sobre mi oreja que latía mucho. La presión era cruel, inaguantable.

Decidí respirar a fondo y regresar al confortable pozo oscuro, donde uno era insensible a toda humana sensación.

No sé el tiempo que tardé en volver al mundanal ruido. Esta vez no tenía bajo las espaldas un incómodo banco, sino un mullido colchón y blancas sábanas me envolvían.

Moví con precaución la cabeza a un lado y otro. Un precioso dormitorio, con balcón y vistas al mar. Pero el paisaje me dejó frío. Se trataba de adivinar dónde me encontraba.

Quise apartar la sábana superior. Desistí. Una procesión de liliputienses martilleaban gozosamente desde mi frente, pasando por las orejas, pescuezo y espina dorsal.

Recordé lo último que oí. El alarido de Enrico recomendándole a Buster-Orso que tuviese cuidado. Nick Dambra no me quería muerto.

Otro misterio más en la serie. Era evidente que Nick quiso hacerme comprender que era mejor abandonar cualquier investigación. Pero en el ardor de la pelea, si Buster me hubiese deslomado definitivamente, habría pasado poco tiempo encarcelado. ¿Por qué me quería vivo Nick Dambra?

No tenía sentido todo aquello. Rossana, que no era Rosy... El disparo que pensé me dedicaba Enrico... Fui palpándome con mucho mimo. Dolorido en sectores, pero nada de vendajes sangrientos...

Mi seso estaba demasiado abollado para seguir investigando. Ladeé la cabeza sobre la almohada. La puerta se había abierto. Y entró una enfermera. Tenía que ser una enfermera, me dije.

Era alta, sazónada, pasados los treinta, pero, ¡vaya mujer! Tenía la esbeltez nerviosa de las modelos parisienses. Es decir, distinción. Pero nada de distinción esquelética.

Sus pantalones piratas le ajustaban como una segunda piel. Era evidente que la blusa púrpura era la única prenda que cubría su torso. Tenía un semblante exótico, de ojos achinados, nariz breve y boca generosa. El negro cabello peinado en alto era un grato contraste con el claro azul de sus pupilas.

Abanicó las pestañas y su voz era melodiosa:

—¿Qué tal se encuentra esta mañana?

Acento norteño. Milanesa seguramente. Y no era enfermera puesto que no sabía qué tal me encontraba yo.

—Lo que yo quisiera saber es dónde me encuentro y quién me trajo a esta habitación.

Pestañeó ella y entre sus rojos labios asomó la sonrosada puntita de la lengua. Era algo nervioso. Un tic.

—Está usted en el hotel “Montessio” y ayer al mediodía le trajo Lena Ferris.

¿Lena Ferris? “Ritmo y Gracia”... ¿Hotel “Montessio”? Me sonaba no sé de cuándo ni de dónde.

La milanese añadió:

—Walter Simone tiene nociones de medicina. Le hizo las curas.

El tipo severo del algodón empapado en alcohol puro.

—Yo soy Alida Salerni, administradora de este hotel.

Sobre la blusa había un reloj colgando. Diamantes, platino, zafiros... Marcaba las ocho y diez minutos.

Y Alida respiraba normalmente. Hacía calor de pronto.

—Para las curas, Walter tuvo que darle sedantes. Posiblemente tiene mucho sueño, señor Stone.

—Es impecable, porque se me cierran los ojos estando usted a la vista. ¿Walter es su marido?

—No.

Alida tenía un esbozo de sonrisa en las comisuras labiales. Pero la claridad azul de sus ojos era calculadora, casi inhumana. El resto de ella era sensualidad retenida, atracción irresistible...

—Tengo sed, Alida. Un sorbo de rye con algo de cerveza... Y algo sólido, pero no demasiado, para masticar.

Dio ella media vuelta. Con elegante displicencia. Me remató.

Mi mente no estaba en condiciones para ir ordenando tantas novedades. Cerré el conmutador craneano y decidí descansar un poco más. Me desperté completamente reposado. Hambriento y sediento.

Fuera la masa líquida y azul parecía una acuarela. El sol entraba diagonalmente en la habitación. Apoyado en los codos logré sentarme. Me dolían un poco las costillas, los riñones y los pectorales, por lo que se refería al tórax. Más arriba, me sentía muy ligero, como vacío. Y sin niebla ante las pupilas.

Aparté la sábana y saqué las piernas poco a poco hasta apoyar los pies desnudos en la alfombra de esparto multicolor. Aquel pantalón de baño, color sangruza, no era mío.

Hice unas cuantas flexiones de comprobación. Nada roto. Removí las mandíbulas y me dolieron las orejas.

Pero caminaba normalmente. Las dos puertitas laterales daban a un cuarto de baño y un compartimiento ropero donde colgaban mis prendas. Lavadas y planchadas.

Volví al cuarto de baño. En el espejo fui pasándome las yemas por los bultos tras las orejas, Walter Simone era un técnico. El color rojizo de pómulos, barbilla, frente, orejas, costados y pecho, formaba discos como si tuviera sarampión.

Demostrando que Walter conocía los efectos desinfectantes del alcohol y los deshinchantes de la carne cruda aplicada directamente sobre las hematomas.

El cuarto de baño tenía de todo. Hasta maquinilla eléctrica. Un buen baño tibio me dejaría nuevo.

Abrí el grifo de agua caliente y fui a la puerta principal. Le di vueltas a la manija, y pensé que estaba privado de fuerzas. Total, estaba cerrada la puerta. Por fuera.

Había un teléfono interior junto a la cabecera. Soplé por el tubo al descolgarlo.

Una voz femenina y melodiosa, con acento milanés, inquirió:

—¿Dígame, señor Stone? ¿Qué tal se encuentra?

—Hambriento. Y sediento, Alida.

—Es un buen síntoma. Dícteme el menú.

—Pollo dorado, patatas fritas, huevos fritos y algo de jamón como adorno. Cerveza fresca. Luego, varios mokas. ¿Conformes, Alida?

—Tardaré apenas veinte minutos, señor Stone.

Sonaba a promesa gloriosa. Me acaricié el estómago. Y dentro del agua tibia y jabonosa, aunque tuve que encoger las piernas, me sentí casi feliz.

Era obvio que aquel disparo le impidió a Buster ponerse demasiado científico en la tarea de ver cómo me rompía algún hueso.

Había un albornoz esponjoso. Corto, pero sirvió para secarme. Y fui a sentarme provisto de mi pantalón y camisa, en la mecedora junto al balcón abierto.

No hay nada como un buen afeitado, un baño tibio y una ducha bien fría para resucitar al más mustio. El panorama era agradable. Una playa pequeña. Lanchas. Dos toldos. Pinos...

—¡ Ostras!

Recordé de pronto. El hotel donde estaba yo alojado, era el sitio donde Frank Luppó narcotizado...

Salté en pie. Encogí el cuello, porque el salto me vibró en las escoriaciones de las orejas y zonas colindantes.

Pero la puerta no la había abierto Enrico ni Buster... Empujando una mesita rodante venía la primera mujer que conocí en mi toma de contacto con Nick Dambra.

—Hola, Max. Me alegra que estés ya en forma.

—Estupendo y extraño que me siente agradable verte de nuevo, Lena, guapa.

Estaba guapa. Más que guapa con su short blanco y la blusa azul. Muy playera.

El pollo dorado era un encanto. Me senté mientras ella iba a cerrar la puerta. A un lado de la mesita rodante había el debido compartimiento.

Una fresquera con cerveza. Y al otro lado, un par de frascos. Whisky. El hambre me impedía todo reflejo que no fuera saciarme.

—Troglodita —dijo Lena—. Podrías comer más finamente, ¿no?

Para finuras estaba yo, con lo tierno que resultaba el pollo. Y la cerveza estaba en su punto.

Olvidé por completo el primer dolor de los maxilares que pasó al írseme calentando el organismo.

Lena tenía unas piernas largas, blancas y deliciosamente redondeadas donde correspondía. Y en cuanto a busto no tenía nada

que envidiar a las mejor dotadas. Nos constaba. Su cabello tenía esta rica tonalidad de la miel y era natural. Nada de tintes.

—Eres exasperante, Max.

—¿Yo? ¿Por qué?

Sentada a los pies de la cama, Lena cruzó los brazos.

—Por lo menos pudiste invitarme a beber unos dedales. Me serviré. Y dime... ¿Qué te ocurrió ayer al mediodía en el “Kik”?

—Me chupé una paliza honrosa. Por cierto, pudiste avisarme cuando conocí a Buster, que era Orso Ruggi.

—¿Por qué peleaste con Buster?

—Es largo de contar. ¿Qué pasa con el café?

—El termos está junto al whisky, Max —expuso ella pacientemente.

Ya empezaba a sentirme mejor. Los huevos fritos tenían las ricitos adecuados, doraditos. Las patatas eran molludas por dentro y crujientes por fuera. Las ayudé con sorbos de café.

Lena echó whisky en los dedales. Insistió:

—¿Por qué peleaste con Buster?

—Vamos a ir por partes. Empecemos por donde corresponde, o sea por el final. Yo estaba enzarzado en recio abrazo con Buster-Orso y sonó un tiro. Eso fue lo último que sonó para mí. Y amanezco en este catre. La dueña del hotel dice que fuiste tú la que me ingresó.

—A las doce voy a comer en el restaurante al lado del “Kik”. Salió Rossana acabando de vestirse. Tomó dos vermouths seguidos y me contó que un grandullón guapo y simpático que la devoraba con sus grandes ojos verdes y fascinantes...

—Ese soy yo —identifiqué modestamente.

—Me contó que te quedaste a solas con Buster y Enrico. Fui a ver lo que ocurría. Sin ser vista. Enrico disparó al aire, porque Buster estaba como loco y quería hacerte daño de verdad. El disparo despejó a Buster que se levantó, diciendo que como escarmiento era poco. Se fueron y entré. Pude llevarte a mi coche con la ayuda de Rossana.

—Mentira, embuste y trola —silabeé satisfecho.

El rye era legítimo. Seco y aromático.

Ella me miró ofendida. La imagen de la colegiala candorosa. Y como todas, dueña del arte de contestar con preguntas.

—¿Por qué me llamas embustera?

—Me dijiste cuando nos conocimos que eras viajante de maquillaje.

—Lo soy. Pero de vacaciones, ¿recuerdas?

—Y una guía impresa te menciona como atracción del "Kik".

—La guía es renovada cada mes. Dambra me convenció para actuar en el "Kik". Total, nada difícil. Unos paseos por la pista, quitándome ropa. Anda, sigue preguntando.

—A esta hora tendrías que actuar en el "Kik",

—Lo han cerrado por dos días. Por la muerte de Mado.

No había modo de pescarla en desequilibrio. Ataqué por otro lado.

—Aquí escabecharon a Frank Luppo.

—No, Max. Aquí narcotizaron a Luppo. No es lo mismo.

—Tú trabajas a sueldo de Nick Dambra.

—Tiene doce locales entre Génova y Milán. No estoy a sueldo de él ni de nadie. Me ofrecieron cincuenta dólares por sesión en el "Kik" y acepté. Allí no hay descorches y una puede negarse a ir a los palcos. Me negué siempre.

—¿Quién era la rubia que estaba con Dambra la noche que yo vine a Playa Fosca?

—Rossana.

—¡Y un cuerno!

—Eres grosero, antipático y desagradable —afirmó Lena.

Y sorbió su cuarto dedal. Bebí escrutándola astutamente. Dije:

—La rubia que estaba en el piso de Mado era la que acompañaba aquella noche a Nick. Pero me dijo que trabajaba en el "Kik" y la Rossana que vi en el camerino, no era la Rossana que digo, ¡ostras!

—Claro, hombre... Rossana Tiziano es una y Rossana Benedetti es otra.

—Te las sabes todas. ¿Mado era compañera tuya?

—Conocida y nada más.

—No me hizo el efecto de ser una alcohólica drogada, como dice la Prensa. Bueno, el caso es que cada vez se complica más todo el asunto, y me tiene sin cuidado que vayas a contárselo a Dambra.

—Estúpido —sonrió ella con dulzura.

Avanzó los labios redondeándolos como para besar. Teníamos de

por medio la mesita. Y además, a mi ya no me engatusaba ninguna “striper” del trío.

La muerta, por eso mismo. Rossana, la Benedetti, porque apenas la cogiera yo por mi cuenta, la llevaría a Mike. Que la interrogase él.

En cuanto a Lena, no sé por qué, me parecía incapaz de maldades.

—Escucha, niña... No sé cómo terminará mi investigación...

—¿Ah, pero investigas?

Y volvió a sonreírme afectuosa.

—Ya sé que me consideras un deficiente mental.

No me importa. Me he visto en varios casos peores, donde nadie atinaba, y de pronto, ¡zas!, yo acerté.

—No te enojas, Max. Yo quiero ayudarte. Ponme a prueba.

Me tendió el dedal. Y susurró invitante:

—“Chin-Chin”.

Chocamos el vasito y bebimos. Repitió ella:

—Ponme a prueba.

—Desafío al que tenga más lógica a que vea claro este potaje. Mado me dice confidencialmente que amaneciendo vaya a su piso. Voy. Me sale Rossana, la Benedetti, diciéndome que comparte el piso de Mado y que ella no está. Fumaba marihuana. ¿Lo sabes?

—Lo sabía.

—Me hace cucamonas y me echa algo en el bebestorio. Yo estaba sentado y ella me mareaba con idas y venidas. Me besó y yo creí que eran sus labios los que mareaban. La cuestión es que la perdí de vista. Y al abrir los ojos fui a la nevera. Tenía sed de espanto.

—Eres un ingenuo, Max. Lo qué Rossana hizo fue soplarte marihuana con el beso. Un truco que seguramente no conocías... Ella apartaba el rostro, ¿no?

—Sí... Lo apoyaba en mi hombro, a intervalos.

—Para aspirar una fumada. Volvía a besarte echándote el humo.

—Haces bien en explicarme el truco. No me la dan otra vez. Solté el jarro porque en la cama estaba Mado estrangulada con una corbata mía. Y Enrico disparándome desde el comedor.

—¿Enrico Stressa?

—Entonces no lo sabía yo.

Le expliqué lo del diván. Lo de la muñeca con el círculo rojo. La carrerilla por la escalera de incendios. Y Enrico apuntándome en el camerino. Bien visible la cicatriz que Frank Luppó contempló en el que vino a su habitación del hotel en que nos hallábamos.

Mientras yo me explicaba ella había apartado la mesita. Y estaba sentada en el centro de la cama. Inclínada, meditando.

La blusa era de escote ovalado. De esos que descubren los hombros por completo. Alargó ella las dos manos y sus dedos me arañaron suavemente los hombros.

—Piensa en varias incongruencias, Max.

No había modo de pensar tranquilamente, con ella tan cerca.

—Primera incongruencia, Max. Enrico es campeón de tiro al blanco. Tiene docenas de medallas. No te hubiera fallado. Parece como si la persona que disparó quiso solamente alertarte, obligarte a hacer lo que hiciste... Apartarte de Mado y perseguirle a él.

Allí estaba la clave de todo el misterio. Pero esto lo supe mucho después. En aquel momento, no estaba mi mente despejada.

Lena era un caso. Sentada en mi regazo, me rodeó el cuello con el brazo. Susurró:

—¿Le duele a Maxi-Maxi la orejita?

Me reí, porque la muchacha estaba ebria. Tenía unas orejitas preciosas. Le mordisqueé un lóbulo.

—Segunda incongruencia, Max. Lo que Nick Dambra desea con toda ansiedad es evitarse complicaciones. La muerte de Mado puede perjudicarle, si alguien como tú le revela a la policía que...

Me indigné.

—Yo no soy ningún chivato. Soy un detective particular.

—Sí, Maxi-Maxi. Eres un detective particular.

Me estampó un beso que era un poema. Me pescó con la boca abierta. Yo iba a replicarle que Inglaterra y yo éramos iguales. Perdíamos todas las batallas, menos la última.

No hubo modo. Toda la sangre se me agolpó en la cabeza. Me olvidé por completo de la investigación en curso.

Era el éxtasis, el paraíso, lo indescriptible... La habitación empezó a dar vueltas. "Ritmo y Gracia"... Un ritmo cada vez más vertiginoso.

Y la perdí de vista.

Como en un sueño. Dormido, pero oyendo claramente.

—Desde que Frank Luppo fue detenido en la Costa Azul, sus tres socios, Walter, Renzio y Alida, telegrafiaron a todos los veraneantes que habían reservado habitaciones aquí. Rescindiendo y anunciando que cerraban. No hay huéspedes, salvo yo, porque ya estaba aquí. Alida justifica la ausencia de Renzio Mateo diciendo que está de viaje. Está enterrado en el jardín de los claveles. Desconfía de Alida. Te explicaré mis razones cuándo nos veamos, Maxi-Maxi.

Tenía una voz mimosa.

Y me despertó una voz desagradable:

—Ya está en condiciones de conversar, Stone.

Lo primero que vi fue el cañón. Negro y redondo, apuntándome recto al entrecejo. A una distancia de cinco pasos de mi silla.

Tras el cañón una mano flaca. Más arriba una camiseta blanca. Y encima el rostro largo, melancólico y severo de Walter Simone, el curandero. Técnico en aplicar alcohol y carne cruda.

Al otro lado de la puerta cerrada, Alida Salerni, sonriendo a lo Gioconda.

La automática de Walter tenía un tubo para apagar el estampido.

CAPITULO VIII

Walter Simone era también milanés. Seco y conciso.

—No deseamos perjudicarle, Stone. Queremos que vuelva a su casa y de una vez por todas abandone su intromisión en cosas que no son de su incumbencia.

Hice ademán de levantarme. Osciló el silenciador.

—Estese quieto, Stone.

—Tengo una sed bárbara. ¿Dónde está Lena?

—Ha regresado a Génova. Va y viene —me aclaró Alida.

Alargué el brazo. La cerveza estaba tibia. La escupí.

—Si me pongo bajo el chorro me despejaré, ¿comprenden?

El dijo que no, pero Alida asintió. Fui al cuarto de baño y coloqué la cabeza bajo el grifo. El agua fresca me reanimó.

Pensé a todo gas. Lena me trae y sin embargo me cuenta que el otro socio está enterrado entre claveles. Parece dejarme en poder del otro par de socios de Luppó...

Volví a salir, desistiendo de emplear la violencia por el momento.

—¿A qué viene el pistolón, Walter?

—No tiene usted fama de apacible sino más bien de pependenciero. Por dos veces, Nick Dambra le indica marcharse. El mismo consejo sin respaldo —y agitó Simone la herramienta— era imprudente.

—Vamos a ir por partes. Lena me encomendó a sus cuidados. Usted me puso como nuevo, Walter. Y ahora de pronto aparece con malas caras. Es incomprensible.

—Si Dambra supiese que usted está aquí, nos complicaría aún más la existencia.

—Haberle dicho esto ayer a Lena cuando me trajo.

—Se lo dijimos. Insistió y como le debemos un favor muy importante, le atendimos a usted.

—Y lo agradezco, Walter. Yo no deseo complicarle la vida. Palabra.

—Entonces, váyase y no vuelva por aquí.

Alida pestañeó, asomando la lengua. Puro nervios, bajo una

envoltura de odalisca. Tocó en el codo a su socio, que la miró de soslayo.

—Es sincero, Walter. No quiere perjudicarnos.

—Pero es terco. Volverá a Génova.

—Yo puedo comprobar que no es así. ¿Acepta una proposición, Stone?

—De usted, acepto todo lo que me proponga.

El chiste era del género idiota, pero pareció caerle bien a Walter porque miró complacido a su socio.

—Yo le acompañaré hasta la frontera, Stone —dijo ella.

—De acuerdo. Pero, ¿cómo evitará que regrese?

—Muy sencillamente. Usted me firmará un escrito, una especie de contrato. Walter y yo le contratamos para investigación en Biarritz. A la tarifa que usted designe.

Di una cabezada aprobatoria. Walter ocultó su armatoste y dijo:

—Quiero creer en su sinceridad, Stone. No me agrada amenazar, pero le juro que si regresa... tendré que matarle.

Pasé al closet a recoger el resto de mi vestuario. Alida anunció que iba a mudarse. Walter fue ojeándome mientras yo me vestía.

—Descarte toda idea que le haga pensar que nosotros tenemos nada que ver con lo que le sucedió a Frank Luppó.

Nick Dambra y Walter Simone estaban empeñados en hacerme creer que Frank se narcotizó y fue a tenderse en una playa francesa para que le llevaran a la guillotina.

—Precisamente el hecho de que fuese desde aquí donde desapareció Frank es lo que supuso para nosotros el principio de un constante peligro. En fin, si usted ha comprendido ya que no debe tentar más la suerte... váyase y no vuelva.

—¿Cuánto le debo por las curas, alojamiento y consumiciones?

—Ha sido un placer... que no deseo se renueve.

—¿Y por qué juró que me mataría si regreso?

—Porque Dambra puede creerse que yo deseo sonsacarle a usted. Y yo no deseo que Dambra me ponga en su lista de accidentados. Sigue sospechando de mí y de Alida... No sé... He hablado demasiado. Son muchos días y noches de nervios... Buen viaje, Stone. Sin retorno.

La playa era privada. El jardín delantero era bonito. Sin claveles. Y en el garaje abierto había dos coches. Un soberbio “Lancia”. Y mi

“DS”.

Empuñé el volante conduciendo hasta la galería delantera. Apareció Alida. Llevaba un vestido “cóctel” que dicen los entendidos. Negro brillante. Con un drapeado que era mareante.

Pero yo estaba ya hasta el occipucio de mareos. El último me sentó como un codazo en la ternilla. La cándida Lena debió soplarne humo rellenándome los pulmones. Me dejó “k. o.” exactamente veintidós minutos.

Alida Salerni seguía sin necesitar soportes ni bandejas, a deducir por el vaivén de las blancuras asomando por el escote.

Se sentó a mi lado. Tendió las piernas. Estupendamente enfundadas en color humo. Un bolso grande, de cantoneras rígidas.

—El descenso a la izquierda lleva a la autopista sin pasar por Ventigioia —me orientó.

—Como usted diga.

No estaba yo para contemplar el paisaje, pero me di cuenta que el Montessio tenía un magnífico aislamiento.

Y que Alida estaba nerviosa. De vez en cuando asomaba la lengüecita. Podía ser la gata relamiéndose ante el pez gordo que pronto será pescadilla atrapada por la cola.

A mí ya no me engañaba ninguna gata, así fuera Cleopatra. Sondeé astutamente el terreno.

—El otro socio, Renzio Mateo, ¿por dónde anda?

Entramos en la autopista, dirección Albisola-Savona-Imperia y frontera.

Se humedeció ella los labios, antes de replicar:

—Viene detrás nuestro.

—¿Quién?

—Renzio Mateo.

Le di un toque al volante para rectificar el giro, y volver a la línea recta. Resoplé.

—Usted respingó asombrado, Stone.

—Llámeme Max.

Por el retrovisor vi el morro del “Lancia” de lujo. El que conducía era un tipo llevando una gorra gris de visera casi sobre las cejas y gafas solares.

—Vamos a ver si acaban de jugar conmigo todas juntas —refunfuñé.

—No comprendo su asombro, Max. Yo le acompaño hasta la frontera, pero no iba a regresar haciendo "autostop". Por eso nos sigue Renzio Mateo.

Oí perfectamente la voz de Lena Ferris:

—"Desconfía de Alida... Renzio Mateo está enterrado en el jardín de los claveles"...

Me hacía mucha falta el cerebro de Mike. Pero estaba en París.

El sol iba declinando. El mar era un pastel y la arena parecía nata. Los chalets playeros eran coquetones.

—No entendí su comentario acerca de que juegan todas con usted. No creo que yo le haya dado el menor motivo para creer que tengo la intención de jugar con usted.

Hablaba como una altiva baronesa dirigiéndose al mozo de establo. A veinte pasos había un paso a nivel. La barrera iba a bajar.

Pisé a fondo el acelerador. El "DS" pegó un salto y cuando quedó atrás la vía férrea y la otra barrera cerrada, miré por el retrovisor frenando suavemente. Es decir, pasando de ciento veinte a un modesto ochenta.

—No tengo nada en contra de usted, mujer. Pero no me gustaba que nos siguieran.

—Debí adivinar su intención cuando usted salió de la autopista para internarse por la carretera vieja.

—Ahora cuando alcen la barrera, ¿qué hará el que nos sigue?

—Esta carretera tiene tres ramales. Uno comunica con la autopista. Posiblemente él deducirá que usted regresa a Génova.

Era una dama distinguida. Aceptaba la derrota con serenidad.

—Ande, hable claro, Alida. A mí lo que me enoja es que me engañen. Perdono si me hablan sin tapujos.

Los ojos oblicuos tenían de pronto tristeza. Me confesó:

—Walter y Renzio necesitaban una mujer distinguida para regentar el hotel. Nunca les supuse dos aventureros, hasta que las visitas clandestinas de Frank Luppó me alarmaron. Entonces Walter y Renzio me dijeron que me convenía callar, o dirían que yo era su cómplice.

Pasé a cuarenta. La carretera era más que vieja. Era decrepita. Se internaba un poco contorneando colinas boscosas. El crepúsculo daba toques silvestres al paisaje

Había baches. Penetré por un sendero y detuve entre los

altozanos llenos de hierba verde.

Prudencia. Por si el “Lancia” seguía la pista.

—¿Era Renzio el que nos seguía? —pregunté taimadamente.

—Renzio Mateo murió.

Era sincera. Totalmente sincera.

Y como estaba muy abatida, quise remontarle el espíritu.

—¿Murió de gripe? —bromeé.

—Seis balazos en cruz.

—Ostras... ¿Cómo fue eso?

—Una ráfaga desde la frente a la barbilla. Otra de pómulos a pómulos. La marca de aviso.

Cruzó ella las piernas, ladeándose. Del bolso sacó una pitillera y le ofrecí el encendedor de rejilla. Me asió entre sus manos la mía. Y aspiró humo con frenesí.

La noche tendía su negro manto sobre la campiña. A mí el olor de la naturaleza me despepita.

Alida bajó del coche. Caminó con lentitud. Había un senderito en espiral y entre los manzanos la brisa era salutaria.

—Tengo miedo, Max —musitó ella.

—La noche en la campiña produce esta impresión de nocturna campiña impresionante.

Se detuvo y reclinó su espalda en mi hombro derecho.

—Me refería a la Mafia, Max.

Su cabello olía a lavanda.

—La marca de aviso... Los seis balazos... Nick Dambra supone que nosotros tuvimos culpa en la desaparición de Frank Luppo... Por eso ordenó matar a Renzio... Y preferimos que nadie lo supiera.

—Lo enterraron en el jardín de los claveles.

Volvió ella el rostro. Asombrada ante mi perspicacia.

La soledad, la noche, el susurro de la brisa y todo lo demás, colaboraban en mi favor. La enlacé. Un talle duro y flexible.

Su boca era tibia, acogedora y sabia. Me han besado alguna que otra vez, pero nunca así. Me vibró la columna dorsal. El vello se me erizó. La cremallera del vestido resbaló.

ALGO sensacional. Alida hubiera podido ser la reina en el “Kik” si se lo hubiera propuesto. Sonreí al pensarlo. Ella musitó con cierta gazmoñería:

—¿Por qué te burlas de mí?

—No, mujer... Pensaba en algo...

—No es tiempo de pensar.

—Entonces, aniquila mi seso, Alida.

Lo aniquiló.

Cuando vine a darme cuenta de la trampa, ya era tarde. Primero creí que un árbol me caía sobre la cabeza. Pegándome de lleno en el pescuezo.

Era una matraca. Manejada por Alida, que aprovechó el momento propicio. Cuando cerré los ojos, besándole en el hombro.

Y fueron varios matracazos.

A intervalos. Mientras el coche rodaba a toda velocidad. Conducido por ella. A la que yo me removía, ella paraba. Matracazo. Y así hicimos el viaje.

Debió ser muy corto, pero me dolía horrores el pescuezo.

Era soportable comparado con el efecto que me hizo abrir los ojos y ver a tres individuos alineados a varios pasos.

Uno era Dino, el púgil portero de Nick Dambra. Estaba en el centro. A su izquierda, el flaco Luke, el cuchillero. A su derecha, el rechoncho Adrián, el capataz de muelles.

La sala estaba casi a oscuras. Todo cerrado. Una pantalla proyectando luz indirecta y matizada. No había más muebles que el sillón en que estaba yo sentado y otro idéntico.

En una esquina. Y en su brazal se sentaba de lado Alida Salerni, la dama distinguida, la pobre víctima de la maldad masculina.

Balanceaba una pierna y dijo aviesamente:

—Sabe que Renzio murió con la marca en cruz.

Dino el púgil gruñó. El flaco Luke torció la boca, Adrián, impasible, se cambió de lado el palillo que masticaba.

—Os he demostrado claramente que estoy de vuestro lado, muchachos —añadía Alida con desgarró de tanguista portuaria—. El sabe quién mató a Mado. El sabe seguramente quién fue el culpable de que Frank Luppo pasase la frontera rumbo a la guillotina.

Nunca he sentido deseos de descuartizar a nadie y menos a una mujer. Pero si hubiese podido atrapar a la milanese, empanada, la habrían podido servir en platos.

El sonado de Dino avanzó asestándome un directo. Afán rencoroso. Me levanté apartándole el directo, dándole un codazo en

el hombro y un revés de canto en la nuez.

Completado con un patadón furioso. De suela. En el buche.

El desgraciado caminó varios pasos hacia atrás bastante grotescos. Tropezó con la espalda en la pared y se quedó sentado.

Luke empalmaba un cuchillo. Cogido de punta.

—¡Quietos, borricos! —resopló Adrián.

Se notaba que fue capataz. Tenía don de mando. Luke se petrificó y Dino volvió a colocar su revólver en la funda lateral del cinto. Estaba mareado el pobre. Pero obedecía al mando de Adrián.

—¡Siéntate, tú!

Sus ojos eran dos piedras opacas. Me senté.

—¡Fuera, tú!

La orden era a Alida que salió apresuradamente.

Adrián suavizó la voz:

—Otra demostración de talento y Luke te cortará en tiritas —me dijo convencido. Y preguntó—: ¿Quién mató a Mado?

—Ni idea. ¿No me crees?

—No.

Lacónico. Me urgía a mí ser todo lo contrario. Hablar, ganar tiempo, pensar algo decisivo...

—Dino, tras el sillón. Culata preparada —iba ordenando el capataz—. Luke, clávale un hombro en el respaldo, si se mueve.

Luke hizo oscilar un cuchillo cogido de punta. Dino dio un rodeo y quedó tras mi sillón.

La cosa se ponía fea.

No percibí el leve guiño del párpado de Adrián. Pero Dino sí.

El puñetazo me restalló en la coronilla. Un poco más abajo. Repercutió tras mis ojos. Y quedé arrodillado, sacudiendo la cabeza.

—Siéntate, Max. Esto ha sido un aviso. Y ahora hablarás.

Palpé el borde del sillón. Pero era imposible que pudiera sentarme hasta dentro de varios minutos. Todo rodaba, todo era broma.

Llamaron en alguna puerta. Pese al zumbido de oídos, reconocí la condenada voz de la milanese.

—Es importante, Adrián. Soy yo, Alida.

Y Alida entró. Empecé a despejarme, casi del todo.

Porque la muy traidora había encontrado rival a su medida. A su espalda estaba otra Eva.

Y Alida Salerni balbució temerosa:

—No lo pude evitar. Ella...

“Ella” le atizó un culatazo que me supo a gloria. Alida se encogió, perdió altura, y se tumbó de costado. Lena Ferris actuó en décimas de segundo. Encañonaba con maestría una sólida automática hacia el trío en un semiarco elocuente.

CAPITULO IX

Luke debía creerse que lo del sexo débil era indiscutible. Se dispuso a lanzar su cuchillo. Y el estúpido de Dino quiso también probar suerte como pistolero.

La “Savage” empuñada por Lena emitió varias toses. Dino giró sobre sus tacones emitiendo grititos femeninos. La sangre que tocó en su hombro derecho le privaba de toda contestación viril.

Luke aguantó con más gallardía. Tenía el bíceps atravesado porque aparte de caerle el cuchillo de la mano, no podía separar el puño lanzador del hombro.

Y Adrián demostró ser el más talentudo. Permaneció inmóvil. Mirando sombríamente a Lena que estaba totalmente transformada.

No tenía nada de angelical. Su semblante acumulaba una decisión casi siniestra. Y su voz armonizaba con el acre olor a pólvora. Rebosaba aspereza:

—Te dispararé al estómago, Adrián, si intentas cualquier hazaña. Los tres alineados de cara a la pared. ¡Pronto!

Dino obedeció inmediatamente. Luke, muy lívido miró de soslayo a Adrián que encogiendo los hombros, volvió la espalda. Los tres parecían analfabetos castigados por la maestra.

Sin mirarme Lena preguntó:

—¿Estás bien, Max?

—No.

—¿Puedes salir por tu pie?

Lo intenté, y aunque tambaleante, conservé la vertical. Lena no perdía de vista a los tres alineados y me pasmó su facultad visual. Porque en el suelo se removía Alida en busca de su bolso.

La sandalia de Lena era deliciosamente azul. Chocó ruidosamente en el satinado mentón de Alida. Por eso no dejan luchar en ningún ring a las mujeres. Son insensibles al encanto femenino.

—Adrián —avisó Lena—. Cuenta hasta cien antes de seguirme. A ti no te taladraría de pronóstico leve.

Atravesamos un saloncito. Allí conocí yo a Nick Dambra. Era su chalet playero.

El “MG” tenía el motor en marcha. Logré sentarme en el butacón sobaqueando el respaldo. La noche era estrellada. Trocitos de cristal se mudaban de sitio por mi cráneo.

El aire actuó formidablemente. Fui despejándome. Lena conducía con delicadeza. Pregunté:

—¿Dónde vamos?

—Rossana me dejó las llaves de su piso. ¿Te duele la cabeza?

—Si siguen tomándome por un saco, acabaré completamente idiotizado.

El motor ronroneaba y el “MG” se deslizaba por una secundaria asfaltada. El perfil de Lena revelaba algo así como ironía.

—Es vergonzoso —afirmé.

—Claro que lo es. Cualquier escoba con faldas y pierdes él escaso sentido común que tienes. Te avisé que desconfiases de Alida.

—Lo vergonzoso es que abusaste de mi confianza. Te traes un juego que no acabo de ver claro.

—Quise comprobar si era cierto lo que sospeché. Tenía la convicción que Alida estaba de acuerdo con Adrián.

—Yo no sé ya quién está de acuerdo con quién... Lo que me duele es que llegué a confiar en ti.

—Y te saqué de un apuro, ¿no?

—Pero antes me metiste en el apuro.

Ella no replicó. Preferí reclinar la mejilla en el respaldo, porque la nuca no admitía roces. Y cerré los ojos.

Empezaba a vislumbrar una luz en aquel túnel... Tanto zarandeo en torno a mi persona, salvándome en el último momento, era la técnica habitual de Michel Darc, mi socio. O sea que Lena era una auxiliar de Mike.

Claro que también cabía una variante: Nick Dambra sospechaba de alguno de los de su banda. Empleaba a Lena como investigadora y ésta a su vez, me usaba a mí como provocador de nerviosismos.

En una u otra de las perspectivas, lo cierto era que Lena disparaba como una campeona de tiro.

Vino un bache y me formó nudos en el cráneo y estómago.

—Ahora que recuerdo... ¿Dónde está mi cacharro?

—Lo trajo Alida al chalet de Dambra. Ella conducía, Max. Es incomprensible que pudiese ella tenerte prisionero.

—Empiezo a comprender que ser galante es mi perdición. Me atizó varios matracazos.

—Porque eres un ingenuo. ¿Es que no conoces el truco del ring? Hacerte el “tocado”, sin abrir los ojos, y dejar que el adversario se confíe.

—Todavía no me he desprendido del prejuicio que me impide pegarle a una mujer. Y deberías agradecerlo. Porque a ratos me inspiras un vehemente deseo de atizarte.

—Ingrato —ronroneó ella—. Te consta que te quiero mucho.

Se aproximaba Génova. Yo estaba bien dispuesto a apearme apenas Lena parase el “MG”. Y no subir para nada al piso de Rossana.

—Iré a dormir a cualquier hotelucho —le advertí.

—¿A cuál?

—He dicho dormir. No quiero más sorpresas. Ya voy prevenido.

—Haces bien porque a partir de ahora son pocos los sitios donde podrás dormir sin sorpresas.

Parecía divertirse mucho. Quise demostrarle que no era yo tan pollino como se suponía.

—Desde un principio has actuado conmigo de un modo muy raro, Lena. Sin la menor sinceridad. Y lo que me revienta es que no logro cogerte rencor.

—Haces bien.

Frenó ella suavemente. La calle era anticuada. Fachadas de siglos, mucho árbol y poca luz. Coches aparcados espaciadamente.

Encendió ella un cigarrillo. Y ladeada me miraba afectuosamente.

—No lo puedo remediar, Maxi. Me inspiras el instinto maternal.

Contemplé la pechera de su vestidito azul. Aquella espléndida dilatación tan notable evidenciaba que poseía los elementos esenciales para ser una excelente madre.

—¿Por qué has parado aquí? —quise saber.

—En el primer piso del número 12 vive Rossana. Yo tengo las llaves, ¿no recuerdas?

—Rossana me dijo que vivía con Mado.

—Era mentira. Fue una de sus últimas mentiras. Pobrecilla...

—¿Pobrecilla? Participó en la muerte de Mado, quiso que me encasquetaran el crimen y encima la disculpas... He cambiado de

idea. Voy a subir a interrogarla.

—No podrás.

—¿Cómo que no? La jugada que me hizo no tiene perdón. Le sonsacaré quién la mandó como señuelo. La asustaré como sea.

—No podrás. La Rossana a la que te refieres murió.

—Acabas de decirme que Rossana vive en el primer piso del 12.

—Sí. Exacto, Maxi. La que tú flechaste ayer al mediodía en el “Kik”. La amiga predilecta de Enrico. Dime, Maxi... ¿No tienes licencia internacional de armas?

—Sí. Pero pocas veces llevo armas. Dice Mike que investigar a punta de pistola no sirve para nada. Si se quiere averiguar... ¡Ey! ¡Aquel cacharro es el mío!

Señaló al “DS” aparcado a veinte pasos, a la izquierda y en dirección contraria. Un coche pasando acababa de iluminarlo con sus luces.

—Rossana venía conmigo cuando Alida te llevó al chalet de Dambra. Mientras yo entraba, ella aceptó traer tu “DS” hasta el umbral de su nidito. Somos grandes amigas. No te extrañe si me oyes llamarla Nanana.

—Vaya bobada... ¿Nanana?

—La apodan así porque aseguran que adormece al hombre más inteligente convirtiéndolo en crío. Ella se quedó muy prendada de ti. Dice que tienes la fascinación del bruto. En su piso estarías muy seguro.

—Puede probarse. Vamos allá.

Fuimos allá. Delante mío, la misteriosa Lena Ferris caminaba sin coquetería. La escalinata era de palacio viejo. En el primer rellano la única puerta era de las medievales.

Pero con cerradura “Yale” que se dejó abrir por la llave que empleó Lena. El vestíbulo era un salonazo. Lena encendió la araña central. Se dirigió a la izquierda. Conocía bien la casa.

Yo iba escamado.

Empujó una puerta y entramos en un dormitorio que debía ser del siglo anterior a Cristóbal Colón. La cama era monumental, con toldo y cuatro postes.

—Nanana —canturreó Lena.

Había una puerta entreabierta y pude identificar el rumor. Un chorro de ducha azotando carne. La voz de la Venus Demoledora

contestó:

—Un minutito, Honey.

Me reí. Aunque le sentaba bien el apodo a Lena. Su cabello era como la miel.

—Max Stone tardará aún, Nanana. Fue a comprarte flores.

Honey me miraba sonriente. Señalándome la cama. Y guiñándome un párpado. No sé por qué, pero lo cierto es que recorrí el trecho de mullida alfombra, contorneando los postes.

Al quedar tras la cortinilla lateral, me puse a pensar que Honey-Lena debía poseer un magnetismo animal. Ese que dicen despiden las pupilas de algunas fieras domesticables.

¿Qué diablos estaría fraguando?

El chorro había cesado hacía algún rato. Aparté un poco la cortinilla donde rozaba con el poste al pie de la cama.

Desde el cuarto de baño la voz de Rossana Tiziano decía:

—¿Cómo pudiste convencerle, Honey?

—Desde que te vio ayer al mediodía, está flechado.

—Pobre Max... Me da no sé qué engañarle... Me dio la impresión de ser un noble bruto...

O sea que ella iba a engañarme. La evoqué tal como la conocí al entrar en su camerino. Me entró sed. He conocido mujeres de primera especial, pero aquella rubia batía el record.

La puerta del cuarto de baño se abrió del todo y apareció la Venus Demoledora.

Una toalla blanca bajo las axilas llegándole a media pierna. Se sostenía ante el busto un estrujón de toalla. Su piel tenía un lustre sonrosado.

Estaba toda fresquita, saludable y salvajemente deseable. Pensé que si se le caía la toalla aullaría yo como un verdadero hombre de las cavernas.

Era la tentación personificada.

—Ya no puede tardar mucho. Telefonea —decía Lena.

Y tendía un trasto blanco. Un "Erickson", de esos que tienen en una sola pieza, disco, boquilla y orejera.

Me puse al acecho. Para coger el teléfono Nanana me dio la espalda. La suelta melena brillaba como seda clorada.

Su voz tenía mucho mimo.

—¿Enrico?... Tengo preparado el "jerky". De un instante a otro...

Será fácil hacerle beber... De acuerdo. No tardes.

Dejó el aparato sobre la mesita. Y de perfil estaba abrumadora.

—Apenas entre Max, invítale. Siempre está sediento —decía Lena.

Y entonces me quedé boquiabierto.

Nanana no se estrujaba un trozo de toalla. Escondía un revólver en el pecho. Pensaba por lo visto encañonar a Honey.

Gimió dolorida al recibir en el puño armado un bolsazo. El revólver fue a parar a la alfombra. Nanana se agachó para recogerlo.

La toalla se cayó.

Honey le cayó encima. No me fijé demasiado en la técnica empleada por Honey. Contemplé las extrañas reacciones físicas de la Venus Demoledora.

Primero pareció andar a gatas. Abrazó una pierna de Honey. Pero Ritmo y Gracia se sacudió enviando a Nanana hacia la pared.

Salí de mi escondite, dispuesto a interceder en favor de Nanana. Una obra de arte que podía quedar deteriorada.

Pero Honey era contundente. Acababa de aplicarle a Nanana un seco atemi. El canto de su mano dando de lleno en la yugular envió a la fantástica Venus al Limbo.

Quedó desparramada en la alfombra.

Lena-Honey fue al bar y regresó con un vaso lleno de algo. Se arrodilló, enlazó los hombros de Nanana, colocando tras ellos su otra rodilla.

Tiró de la barbilla hacia abajo, le echó atrás la cabeza, y vertió el contenido del vaso.

La dejó caer. Echando la toalla encima del cuerpo, agarró por los tobillos al portento de rubia y la llevó arrastrando al cuarto de baño.

Cerró la puerta desde fuera y se frotó las manos.

—Bueno... Ya no puede tardar Enrico —comentó—. Tiene llaves también.

Crucé los brazos indignado. No me dejó hablar.

—Todo salió como pensé. Le dije a Rossana que yo te traería para que ella te dejase sin sentido y a disposición de Enrico que quiere interrogarte en privado. Pero comprendí cuando telefoneó a Enrico que ya lo había hecho antes. Se disponía a dejarnos a ti y a

mí completamente indefensos y a disposición de Enrico.

—Entonces ahora viene Enrico.

Señaló en la alfombra el revólver abandonado a la fuerza por Nanana.

—Y vendrá dispuesto a emplear como punto final su calibre nueve corto, Maxi. Voy abajo. Quiero registrar el coche de Enrico mientras tú le interrogas. Ya sabes... Hazle cantar lo que hizo con Frank Luppó, y con Mado... Sobre todo hazle cantar por qué quiere liquidarnos a ti y a mí.

—¿A ti también?

—Desde que supo que yo te evité el interrogatorio de Adrián. Llegado el momento, que se avecina, te lo contaré todo y verás que era muy sencillo.

Se dirigía ella al vestíbulo. La seguí.

—Ya voy viendo, Honey... Tú eres de la Interpol.

Reunía todas las condiciones del agente femenino. Pulso, cerebro, contundencia y aspecto totalmente opuesto a la idea de un policía.

La acompañé hasta el rellano por si subía Enrico. No había ascensor y podían toparse ambos en la escalinata. No quería que ella me quitase el gusto de romperle yo algo a Enrico.

Sin volverse, y mientras bajaba, dijo ella:

—Enrico estaba esperando la llamada de Rossana en el “Kik”. Por rápido que acuda, tienes aún tiempo de meditar en cómo vas a llevar el interrogatorio. Y otra cosa, Maxi... Lo que debías beberte tú, lo ha bebido Rossana. Dormirá hasta el amanecer si Enrico no le da el “antijerky”.

Salió al zaguán y yo regresé al piso. Comprendí por qué Lena había dejado la llave. Cerré desde dentro, guardándomela.

Me refocilé mirando hacia el dormitorio, pero pensando en el disgusto que se iba a llevar Enrico Stressa, el guapo, el traidor, el canalla que envió a Frank Luppó a la guillotina.

Y que tras estrangular a Mado quería dejarme acribillado junto al cadáver.

CAPITULO X

Instalado en el sofá del vestíbulo vi cómo se abría la puerta. Enrico Stressa entró llamando:

—¡Nanana!

No lo pude remediar y me reí. Era jocoso.

Enrico se llevó la diestra al sobaco con la velocidad de un gunman de película.

Pero sus yemas se detuvieron rozando la solapa. Miraba fijamente la boquita negra del “Beretta” calibre nueve corto.

Apoyada la culata en mi muslo, pero encañonándole la cara.

—Cierra la puerta que pasa aire, Rico.

Le asestó a la puerta un patadón.

—Anda, Rico, saca tu herramienta y te incrusto un perdigón en los riñones. Cierra con llave.

Me había vuelto la espalda para hincar la llave. Debió calcular porque tardó un poco. Desistió y me dio frente. Sudaba de furia contenida, casi saltones los ojos.

Me aproximé solicitando:

—Invoca al cielo, Rico. Bien altos los brazos. Más.

De la funda axilar le saqué la herramienta. Cacheándole reuní un cuchillo y una matraca.

—Eres un arsenal ambulante, Rico. Vete a sentarte.

Dejé las tres herramientas en el hueco de un estante. Enrico, sentado en el borde de una silla, señaló con el pulgar hacia el dormitorio. Le atajé la pregunta:

—Esta vez fue ella la que se bebió el jerky. Comprenderás que con la otra Rossana me sobró.

—¿Lena?—silabeó roncamente.

—Se fue.

—¿Por qué la mataste? —farfulló Enrico.

—¿Yo? ¿A quién?

—¡A Mado!

—Muchacho... Es penoso que me juzgues tan cretino. Fuiste tú...

—¿Eh...? ¿Que yo...? —y pestañeó asombrado—. ¿Estás loco?...

—El que interroga soy yo. ¿Recuerdas cómo estaba Mado la

última vez que la viste? Boca arriba, lengua fuera, con mi corbata en torno a la garganta, dilatados los ojos como violetas de cristal...

—Cuando la vi por última vez, estaba más que viva. ¿Qué estás intentando ahora? Precisamente yo quise poder hablar a solas contigo, para aclarar quién te paga.

—Nadie. Y presta atención... Vas a contestarme sin más rodeos. Ayer al mediodía en el camerino, ¿por qué disparaste?

—No disparé. Sabes muy bien quién disparó. Tu guardaespaldas.

—¿Mi guardaespaldas?

—Desde el local a oscuras alguien disparó, invitándonos a Buster y a mí a irnos. Nos fuimos. Ya que en definitiva se trataba solamente de escarmentarte por orden de Nick Dambra.

Iba recobrando insolencia, aplomo y confianza en la superioridad de su cerebro. Le espeté:

—Pero ahora no venías por orden de Dambra, ya que te acompañaría Buster si así fuera... Te diste cuenta que yo estaba tras tu pista. Temías que le revelase a Dambra que tú eras el que pasaportó narcotizado a Frank Luppó... ¡Tú, sí?

Señalé su muñeca derecha. Y cometió un error. Me miró sonriendo despectivamente.

Le coloqué un zurdazo en el buche. Rápido y seco. Sin mucha fuerza. Emitió un sonido de neumático pinchado y se besó las rodillas antes de deslizarse hacia la alfombra.

Le concedí unos segundos para recuperarse.

—Me asquean los solapados canallas que traicionan a sus amigos, Stressa. Vuelve a burlarte y no verás amanecer.

Le recogí por las solapas sentándole en la silla. Inclinado, se apretaba el estómago con ambos antebrazos cruzados, boqueando para ir normalizándose los bronquios.

—Lo que me exaspera es tu cinismo, Stressa. Tu marca delatora de la cicatriz en la muñeca la vio Luppó, la vi yo... Y también la vio Mado mientras la estrangulabas.

—¡Vete al infierno, idiota! —vociferó.

Le di un tortazo. Se cayó de lado con la silla. Puse la silla en pie y le advertí:

—Siéntate y cuidado con lo que me contestas, cínico asqueroso.

Tardó en levantarse, mirándome con vidriosas pupilas.

Pasándose la mano por el perfil. Ahí estaba la cicatriz roja en torno a la muñeca. El perfil también estaba rojo.

Pero no dejaría cicatriz. Se pondría azulenco y negro antes de volver a su primitivo color. Sentándose, apoyó la palma zurda en su estómago y siguió dándose masaje con la diestra en la zona facial, entre pómulo y maxilar.

—No podemos pelear, Stressa. Pero en cambio puedo matarte sin sentir el menor escrúpulo. ¿No querías que yo apareciera junto a la estrangulada Mado? Vas a aparecer junto a la narcotizada Nanana. Muerto.

Le enseñé la “Beretta”. Con el cañón tan cercano a su entrecejo que se puso bizco.

—Hueles a adrenalina, Rico. Apestas a jindama de pronto, Rico. Te consta que ya estoy harto de que me joroben. Se me acabó la cuerda. Y al amanecer te encontrará Nanana con la marca. La cruz “Cosa Nostra”... Tres hoyuelos verticales...

Con el cañón le rocé la frente, la nariz y el mentón.

—Tres botones de fuego horizontales. Entrecejo y pómulos.

Enrico Stressa cerró los párpados. Sudaba el hombre.

—Primera pregunta... Y fíjate que algunas respuestas las conozco —le mentí—. Así, juzgaré si deseas ver amanecer. ¿Lena Ferris trabaja a sueldo de quién?

—No lo supe hasta esta misma tarde —y recitaba a ojos cerrados.

—¡Contesta sin rodeos!

El canuto apoyado en su entrecejo le dio un escalofrío.

—¡Es una mensajera! —chilló.

—Más claro, Stressa.

—Enviada para espiar. Se alojó en el “Montessio”, donde la hicieron la reserva de habitaciones para ella y Chad Kenton. Ambos procedían de Montreal. Chad Kenton murió acribillado en Milán. Era también mensajera. Lo supimos esta mañana.

—Aclara, ostras.

—En el código especial creado por Albert Anastasia cuando quedó constituido el Reglamento, los afiliados a la Mafia fueron avisados que en las operaciones importantes, serían vigilados por otros afiliados ultrasecretos, que recibirían el apelativo de mensajeros. Con plena atribución para eliminar a los que no

cumplieran su cometido.

Me miraba y era evidente que rebosaba franqueza. Estaba convencido que no podía mentirme. Ignoraba que era lo que yo sabía. Y aunque yo seguía sin saber nada, no le constaba a él, sino a mí.

—Entonces, si Lena es mafiosa, ¿por qué querías tú eliminarla?

El sudor se le acrecentó prodigiosamente. Las gotitas perlaban en el arranque de su cabello.

—¡Por mi madre te juro que no pensaba hacerle el menor daño a ella!... Nick Dambra quiere saber quién me ha complicado a mí en la jugada que le hicieron a Luppo... ¡No fui yo!... Nick me ha dado cuarenta y ocho horas para sacar en limpio quién mató a Mado y quién se apoderó de los ochocientos mil dólares.

—¿Los ochocientos mil dólares?

—Nick quiere estar seguro de que tú no eres un mensajero recién contratado por la Jefatura y a la vez no quiere buscarse mayores complicaciones. Por eso actúo yo como si fuera por mi cuenta. Quedaría cubierto él.

—Hablaste de ochocientos mil.

—Luppo era el repartidor en el sector Génova-Milán-Roma. Distribuía los paquetes a los mayoristas...

—Soy muy cerrado de mollera, Stressa. Más claro.

—Luppo recogía con su lancha motora el fardo de marihuana descargado cerca del litoral, envuelto en tela impermeable y con flotadores que al contacto del agua destellaban para orientarle. Hacía tres partes con la mercancía, llevándola a cada uno de los mayoristas que revenden en cigarrillos. Cobraba, efectuando el viaje a los tres centros de reparto en una sola vez. Y la noche en que desapareció del "Montessio", tenía encima el importe del reparto. En billetes grandes. A la medianoche, Nick envió al "Montessio" a recoger el dinero.

—¿Qué pasó?

—Lena Ferris y Chad Kenton estaban ausentes y se comprobó que se hallaban en Genova. Alida Salerni y Walter Simone se hallaba en Ventigloisa. Todos tenían coartada. Menos Renzio Mateo.

—Al que tú acribillaste.

—Por orden de Nick, porque Mateo reiteró que no tenía nada que ver, pero en su indignación, falsa o verdadera, cometió un

desliz. Dijo que se negaba en lo sucesivo a que los repartidores eligieran el "Montessio" para la operación de entrega del dinero. Nick comprendió que Mateo podría hablar... Obligó a Alida y a Simone a firmar un escrito comprometedor.

—Alida y Walter enterraron en su jardín de los claveles a Renzio Mateo.

—Sí.

—Y siguen sin aparecer los ochocientos mil.

—Eso es.

—Y Mado sospechaba de ti... ¡Confiesa!

Resignadamente encogió los hombros. Estaba acorralado.

—En pie, Stressa. Recto al bar. Vamos a beber un trago.

Se puso en pie. Muy trémulos los labios. No quería darme la nuca.

—No soy un asesino como tú, Stressa. Tengo sed. Eso es todo.

Le di un toque de cañón en el lomo y entró a paso rápido en el dormitorio. Tenía sed también.

Le pegué un manotazo en la diestra cuando la dirigía a un frasco. El frasco era el mismo del que Lena le vertió un vaso a Nanana.

Mi astucia dio resultado. Así no desconfió. Le dije:

—Bebe a gollete y ojo con pretender estrellarme el casco.

Bebió con verdadera glotonería. En la etiqueta se afirmaba que el contenido era rye del selecto.

Yo bebí a sorbitos un botellín de cerveza.

Stressa se empapó la caja torácica con cerca de un cuartillo. Le manifesté:

—Nick me creerá cuando le explique que confesaste.

Asintió con la cabeza. Y parecía muy aliviado al saber que le iba a llevar a presencia de Nick. Debía imaginarse que Nick no me creería.

Le flaquearon las rodillas y se agarró a la barra del pequeño mostrador. Cogiéndole de los cabellos para que no se cayese, parecíamos lo que no éramos. El un cliente ebrio y yo el *barman* solicitando medida y pago.

—Vas a dormir hasta pasado mañana, Enrico Stressa. Y de parte de Frank Luppó transmito... Has ido agonizando varias madrugadas. El último amanecer...

Me callé, soltándolo. Estaba roncando apenas quedó de lado en la alfombra. Dominé la tentación de entrar en el cuarto de baño.

Cerré el piso con llave. Y bajé con mucha cautela. Apenado por dentro... Lena me había empezado a gustar seriamente. Casi como para enamorarme y pedirla que probásemos a ver qué tal si nos casábamos.

Y era una mensajera. Una mafiosa. Una delincuente sin escrúpulos. Esta gente de la "Cosa Nostra" mataba con una sencillez pasmosa. Habían hecho del crimen una vasta organización.

La jefatura estaría en Nueva York o en Montreal o en Miami. Pero a mí me tocaba vigilar a los de la sucursal dirigida por Nick Dambra. Y las revelaciones de Enrico Stressa me hacían peligroso para toda la banda, incluida la mensajera de la jefatura.

El ancho zaguán estaba a oscuras, pero allí no iba yo a encontrarme con Lena-Honey.

No la encontré.

Los que me encontraron fueron Buster Ruggiero y Adrián, el capataz. Allí mismo, junto a la puerta.

Yo estaba convencido de que Lena me esperaría traviesa y sonriente, en su "MG" o en mi "DS".

Los que me esperaban no tenían nada de sonrientes y traviesos. Surgieron de la negrura y me vieron antes que yo a ellos.

Bajé la mano hacia la "Beretta" nueve corto. No pude llegar al bolsillo.

Adrián estaba a mi espalda, hincándome en toquecitos un cañón de bastante calibre, en plena rabadilla.

Buster-Orso, a un paso, me contemplaba con gran hostilidad. Muy taciturno. La automática casi desaparecía en su zarpa.

Adrián me había quitado ya la nueve corto. Era un prodigio cacheando. Muy tenso aceché algún descuido. Inútilmente.

—Atrás —ordenó Adrián.

Como si le hablase a una caballería. Retrocedí con la sana esperanza de poderle dar una coz oportuna.

No había modo. Se movían los dos con gran estrategia.

—Quieto.

De tan ronco, resultaba impresionante el tono del capataz de muelles. Me quedé quieto. Buster había regresado a las tinieblas laterales.

—¿De dónde sales, Max?

No era necesario volver la cabeza para comprender que Adrián preguntaba con la culata preparada para conectármela.

—Le hice una visita a Nanana.

—Ya sabemos que las vuelves locas a todas. ¿Dónde dejaste a Enrico?

—Enrico se quedó con Nanana.

—¿Así por las buenas? ¿Le dejaste silbando?

—Roncando.

La sinceridad es lo mejor, medité. Sorprende.

Aproveché la sorpresa para girar rápidamente sobre mis tacones muy ladeado y encorvado. Adrián saltó hacia atrás. Y a pasar del salto le habría agarrado de las muñecas, a no ser por el condenado Buster.

Parecía estar a cosa de cuatro pasos. Pero tenía la agilidad de un rinoceronte injertado en tití.

Mientras yo giraba él me colocó el pie entre los tobillos. Una especie de zancadilla con palanca.

Manoteé agarrando puro aire. Y cuando recobré el equilibrio, Adrián estaba fuera de alcance.

Apuntándome el estómago y diciendo tristemente:

—El patrón te quiere vivito y coleando, Max.

De nuevo a cierta distancia, Buster emitió un suspiro. Elocuente.

—Intenta otra faena y te dolerá una nalga —puntualizó Adrián, hundiendo el revólver en su bolsillo, sin sacar la mano—. Mi traje es nuevo y me molestaría chamuscar el bolsillo. ¡Gira otra vez!

Giré dando cara a la amplia puerta.

—¡Andando!

Recordé mi servicio militar. Lo esencial era que Niccola me quería vivo. Y cuando le contase yo la confesión de Enrico...

—¡A la derecha, pegado al muro!

Me adherí al muro. Ni rastro del precioso "MG".

Buster avanzó hacia un coche negro y fúnebre. Pasó tras el volante. Pensé que sentándome a su lado, cabía la posibilidad de aumentarle el volumen de la hinchada boca y dueño del volante...

—¡Atrás, tú!

Me senté atrás. Adrián era también ágil. Sentado al lado de Buster, muy ladeado, asomando por el respaldo el negro ojo de su

pistola. Su calva era desagradable. Con alguna que otra verruga rojiza.

Vigílate, Fred —gangueó Buster poniendo en marcha—. Se supone listo el truhán. Es un cochino tramposo.

O sea que Adrián era el apellido del capataz.

Hincándome los ojillos mortecinos en plenas pupilas, Fred Adrián gruñó:

—Prueba una trampa, hombre. Anda.

El coche se deslizaba a una media de burgués prudente. Manifesté:

—Eso de cochino tramposo te hartaste de leerlo en los periódicos cuando mencionaban tus combates, Orso Ruggi. Y tan pronto acabe yo con Nick, si tienes reaños, te invito a vernos las jetas a solas.

Fred Adrián redondeó los colgajos que tenía por párpados. En el colmo de la estupefacción. Después debía ser una risa lo que bufó por entre sus delgados labios. Y comentó atónito:

—¿Oíste, Buster? Dijo que tan pronto acabase con el patrón...

Se le notaba escandalizado como un caníbal al que le insultan a su ídolo. Buster ironizó:

—Le han pegado más que a una estera y la felpa que ayer le administré lo tiene pocho.

El coche no iba hacia el barrio elegante, sino que bajaba hacia el sector portuario.

Por una pendiente adoquinada, entre hangares, depósitos y garajes. Un ambiente lóbrego. Buster maniobró en un callejón oscuro y penetramos en un garaje.

Con aspecto de enorme caverna en tinieblas, salvo el tenue resplandor que brotaba de una especie de compartimiento al fondo.

Pero Buster me dirigía una linterna a los ojos, deslumbrándome.

—¡Baja, tú! —invitó el capataz.

Bajé. Adrián fue a cerrar la puerta corrediza.

Buster apagó la linterna. Una bombilla estaba encendida en el compartimiento que venía a ser como un despacho rudimentario.

Tras la mesa, sentábase Nick Dambra.

Debía ser la luz poco abundante la que le daba un aspecto de jefe de verdugos. Me dijo con tono chirriante:

—Saluda a tu chica, Max.

Yo llevaba unos instantes en estado *groggy*. Por la impresión.

Y así me fueron empujando a toques de pistola en los lomos, Buster y Adrián.

"Mi chica" estaba atada de codos al respaldo de una silla. Dilatado al máximo su opíparo perímetro torácico.

Despeinada, desgarrado a trechos su vestido y muy ceñuda. Pero aun así seguía gustándome una enormidad Lena Ferris, alias Honey.

CAPITULO XI

Lena Ferris parecía abatida y contrariada. Nick Dambra tenía entre las manos un cortapapeles de lujo. El mango apenas se veía en su diestra cerrada. La hoja era afilada y estrecha. Se hurgaba una uña manicurada con la punta agudísima.

El silencio de tan espeso se masticaba. Me recobró de la doble impresión contraria: la de desagrado viendo a Lena en apuros y la de satisfacción, puesto que así, atada quedaba claro que no era mafiosa.

—Más separados —solicitó Dambra.

Con el estilete señaló el sitio conveniente a sus dos hombres de peso. Buster me quedó a cinco pasos del flanco izquierdo, y Adrián a otros tantos, pero del otro costado.

—Si avanza un sólo paso, zumbadle plomo a las caderas —agregó Dambra.

Yo me había detenido a unos tres pasos de la mesa, a cuyo lado Lena Ferris sacudió la cabeza hacia atrás para apartarse una greña.

—No era necesaria la violencia, puesto que de todos modos te habría visitado, Dambra. Acabo de interrogar a Enrico y cantó de plano... Tanto buscar... Era él...

Dambra poseía una rara cualidad. El gris plata de sus pupilas daba frío al más caluroso y cordial sujeto. Y le cortaba a uno la locuacidad.

Esgrimió su estilete nuevamente. Apuntando a Lena.

—Procura hacerle comprender a este mentecato quién soy yo. No me favorezcas, nena. Retrátame.

Lena Ferris retrató con voz pausada:

—El barniz es cortés y casi amable. Pero Niccola Dambra es un asesino por vocación. Un asesino sádico, Max. Cuando llama "mosca" a un enemigo, es que se dispone a aplastarlo, pero haciéndole sufrir, Max. Claro que a primera vista pudo parecerte un asesino retirado...

—Que podrías presentar a tu propia abuela —interrumpió el retratado—. Y ahora te conviene hablar con toda tu alma, con toda franqueza, Max. Fíjate bien que a ti no te he llamado mosca. A ella,

sí:

Y el estilete apuntó a Lena.

—Cabe un trato, Max. Me complacería mucho despellejar sin prisas a tu chica, Max. Tengo que inhibirme de este placer. En esta vida para triunfar, hay que inhibirse privándose de deliciosas menudencias, tales como el rencor, la venganza y la anulación del resentimiento. Estoy resentido con tu chica, Max.

Si hubiese gritado o manoteado, tal vez me habría dejado indiferente. Pero aquel modo de hablarme resultaba muy persuasivo.

—Hablaste de un trato —le recordé.

Dambra me dirigió el estilete.

—En el fondo me has desilusionado, Max. Te suponía un muchacho torpe de entendederas, pero excepcional... Un tipo que no se vendía a nadie. Un tipo que por hombría quería vengar a Franky... Un tipo insensible al puerco dinero. Y te vendiste a esta pájara.

—Y yo que te creía un tipo inteligente... ¡Venga, diles a esos que disparen! Me da igual. Pero ¿qué lecciones de hombría das tú, Niccola? Insultando a una chica atada... Hablando de puerco dinero, cuando tú has matado a docenas y envenenas a millares, para amasar plata como un asqueroso avaro... Acusándome de vendido, cuando vendiste tu alma para coleccionar billetes... ¡Valiente cerdo...!

No le hablé así con segunda intención, sino porque me empezaba a encrespar su acritud de poderoso señor feudal.

El caso es que hizo un leve ademán. Cortar aire en centímetros. Para que sus dos cetáceos me aplicasen un correctivo.

Adrián me tenía sin cuidado. Era Orso Ruggi el que me preocupaba. No cabía más que la "hélice". La practico mucho cuando descanso y no investigo.

Agaché la cabeza hacia Orso que lógicamente se dispuso a sonarme el seso apenas le embutiese la frente en el buche. Y puse en rotación la hélice.

Una mano en el suelo sirve de pivote giratorio. Se trata de describir un semicírculo en el aire. El busto sirve de contrapeso. Las piernas son el aspa.

Aspa que destiné a los tobillos de Buster. Chocaron debidamente

y privado del apoyo normal, Buster se desplomó de lado como un árbol segado por el tronco casi a ras de suelo.

Con la ventaja de que en la rotación, mientras mis piernas segaban, enlacé en prieto abrazo a Fred Adrián. Doble sorpresa.

El cabezazo que Buster esperaba lo recibió Adrián en pleno pecho. Y tocaba yo el cañón de la automática empuñada por Adrián cuando el chillido me sobresaltó.

Era un chillido de criatura asustada. No me hacía falta mirar, para saber que era Lena la que chillaba.

Me paralizó lo que vi al soltar a Adrián.

El estilete de Nick Dambra trazaba una vertical en el busto hasta el cinturón.

Buster me asió por los codos. Adrián alzó el puño. Iba a emplear la culata.

Lena mordió con salvaje furia la mano de Nick Dambra. Alzando a la vez las dos piernas.

Me entusiasmó mi chica. Doblé las rodillas, y aprovechando el apoyo que me ofrecía Buster distendí las piernas. Mis suelas chocaron de lleno en pleno hocico de Adrián.

Cabeceé hacia atrás. Algo crujió. Y salió la “báscula”. De bajada, mis tacones se hincaron en las tibias de Buster. Perdimos el equilibrio y nos caímos de bruces.

El montándome a la jineta.

Empleó mis codos como asas. Decidido a chocarme la cara contra el sucio suelo.

Y Adrián se acercaba. Ladeé la cabeza.

Todo inútil. Dambra, aunque encorvado y sin estilete, volvía a dominar. Su zurda cruzó en revés la carita de Lena...

La Providencia, me bendijo con sus dones. Mis manos rozaban los bolsillos de mi jinete. Rasgué tela, empalmé la culata y apreté el gatillo, torciendo la muñeca.

El taponazo a quemarropa suscitó en Adrián una repentina parálisis y en Buster un desmadejamiento. Libres los codos, rodé a un lado.

Buster se acurrucó al otro llevándose las manos al costado.

El estampido del grueso calibre de Adrián se confundió con el taponazo de la pistola que había sido de Buster.

Ambos fallamos. El, porque yo saltaba en pie. Yo, porque al

saltar no podía apuntarle bien a Dambra.

El zumbido de mi balazo hizo que Dambra se apartase de Lena y se dirigiese a la mesa. En algún cajón estaría su revólver.

Y lo que siguió era excesivo. El plomo crepitaba como un fuego de cohetes. En ráfagas.

Yo estaba abalanzándome hacia Dambra, en zigzag para evitar que Adrián me taladrara la espalda. Pero el súbito traqueteo me erizó el vello.

Lena rodaba al suelo con la silla. Me lancé a ras de suelo hacia ella. ¿Para cubrirla con mi cuerpo?... ¿Para ofrecer el mínimo de blanco?...

Boca abajo recogí el estilete y tajé con furia la cuerda que ataba los codos de Lena.

No veía sangre. El rasgado vestido descubría toda la magnificencia abrumadora de su respiración.

Y miré hacia donde ella miraba. Por la entreabierta puerta asomaba el apagallamas de una metralleta.

Un orificio plomizo humeando y bajando hacia el suelo. Disparé por instinto. Verticalmente desde el cañón asomando y hacia arriba.

Seguí apretando el gatillo hasta que oí el "clic" de repercusión en vacío.

Ella estaba ya en pie. Nick Dambra sentado contra la pared chorreaba sangre desde la frente al estómago. Seis orificios en cruz.

Fred Adrián yacía boca abajo. Tenía los orificios en la espalda.

Lena corría hacia la puerta. Totalmente ajena a su impúdica exhibición frontal.

Entumecido y algo abombado el seso, me puse en pie.

El ruido de un motor acelerando iba alejándose, cuando yo llegué a la abertura. En la penumbra del callejón escruté en busca de Lena.

Esperando oír...

En vez de su voz mimosa y llena de admiración hacia mí, su salvador, lo que oí fue un silbato. A lo lejos.

Provocó ecos en diversos puntos.

Guardianes de hangares, guardianes de garajes, atraídos por las ráfagas de metralleta.

Me encontré corriendo con gran agilidad. Braceando para acompasar las zancadas vi la pistola en mi diestra. Vacía. Iba a

tirlarla. Llevaba mis huellas.

Sin dejar de correr, limpié con esmero el metal, y arrojé a lo lejos la comprometedora "FN".

Me detuve en seco junto a un árbol. Por la esquina apareció el "jeep" con cuatro Móviles. Casco, porra, brazal y malas caras.

Adosada al árbol la desconocida comentó:

—Corrías como un canguro, grandullón.

Apoyada la mano en el tronco sobre la cabeza de negro cabello me hice insinuante:

—Tu atracción.

—Ya, ya... —sonrió ella.

El "jeep" con los cuatro policías pasó de largo. En la penumbra de aquella callejuela de barracones con muchos bidones llenos de basura, la pobre muchacha hacía juego con el decorado.

Famélica, triste y sin ilusiones. Comprendía que no estando yo empapado de alcohol, la veía tal como era.

En mi bolsillo había una pequeña cremallera. La abrí, palpando el librito de billetes. Francos nuevos, liras y dólares.

Por él roce se conocían. Elegí un americano.

—Un poco más y te pillan, superhombre.

Le quedaba aún el romanticismo de imaginarse que los que disparan y huyen al llegar la policía, eran muy hombres.

Desde donde ella estaba tuvo que ver forzosamente siluetas. Lo seguro es que oyó la metralleta. Y de noche, por su profesión, sus pupilas eran de largo alcance.

—Poca gente circula por aquí, María —dije a modo de tanteo.

—Hacia la una los echan de las cantinas y algunos pasan por aquí. Me llamo Giana.

A cosa de sesenta metros, había un grupo de siluetas ante un garaje. Detenido el "jeep" de los "Celere" policiales.

Giana no era tonta. Me cogió del brazo y nos pusimos a caminar, doblando la esquina. La calleja tenía umbrales con globos mortecinos rojizos y numerados.

Dentro del bolsillo cogí dos billetes.

Me condujo ella al umbral donde el globo tenía el número 6.

Olía a coles, jabón barato y perfume escandalosamente dulzón.

Adosada a la pared del corredor, Giana me miraba interrogante.

Le enseñé los dos billetes verdes. Sus pupilas casi funcionaron

como las casillas de una caja registradora. Multiplicando la cotización del dólar, sacando en liras un total... Tres días de comidas abundantes y reposo absoluto.

Enrollé los dos papeles de diez dólares en tomo al índice que introduje por el exagerado escote. Los papiros quedaron en la hucha.

Giana cruzó los dos índices ante sus labios. Besó y dijo:

—Se muera quien yo más quiera, si nunca hablo a nadie de ti.

—No te los di para obligarte a decírmelo, Giana, pero te lo agradecería. ¿Oíste la trifulca de pólvora?

Cabeceó ella en silencio. Me abrazó de pronto y me puso turulato. Comprendí. Por el dintel acudía una pareja. Contoneándose ella y haciendo girar el bolso. El que la seguía muy de cerca, andaba trazando eses y charlando consigo mismo.

Desaparecieron escaleras arriba. Giana estaba esquelética, la pobre. Me soltó y dijo:

—Te apoyé la cabeza en mi hombro para que así no te viera la cara Luchina que es una chismosa. Pues sí... Vi al que disparaba dentro del garaje del transportista de pescado. Joven, porque corría fácilmente. Llevaba sombrero pajizo. De esa paja acaramelada. Alas cortas. Un tirolés de verano, ¿sabes? Era rubio, con bigotillo, nariz algo picuda. Llevaba un impermeable ligero bajo el que escondió la metralleta, cuando saltó a un lado y se encaminó hacia un coche azul, matrícula 13-17-G. Pareció tropezar con el asiento y cayó.. Mientras, salía una chica medio desnuda, desmelenada, pelo cobrizo.

Yo escuchaba a Giana boquiabierto. ¿Cómo desde sesenta pasos por lo menos, podía detallar tanto?

—Empujó ella al rubio y sentándose, cogió el volante. Vinieron embalados hasta la esquina, donde ella tuvo que moderar para no estrellarse. Por eso vi bien al hombre. Reclinaba su cabeza en el hombro de ella.

Le di un beso en la frente a Giana. A lo mejor la ofendí.

—Nunca te he visto, ¿sabes? Vuelvo a mi apostadero —me dijo. Se marchó.

Encontré un taxi a unos doscientos metros en la tercera esquina que doblé. El chofer me miró la ropa manchada, pero sin gran curiosidad.

—¿Dónde vamos, capitán?

Yo estaba haciendo memoria.

—Poco a poco, hacia Viale del Parco.

Forcé al límite mis facultades memorianas. La dirección que dijo mi socio Mike en su grabación... Allí estaba toda la clave del misterio.

Lena se había anticipado. Atrapó al muchacho herido. Y lo llevó a su casa... Fuese lo que fuese ya llegaba yo a la meta.

—¿Número, capitán? —preguntaba el chofer.

—Terminaba en cinco —recordé.

—Algo es algo. Impares. Usted paga, usted elige, capitán. ¿Empiezo por el 5 ó por el 215? Si mira en su cartera puede que encuentre su tarjeta.

Me suponía beodo. Fui mascullando para captar la onda:

35..., 45..., 55..., 65..., ¡65!... Eso es. 65.

La residencia de Ray Bianchi, el hermano de Mado. El “Ray” que había mencionado Rossana en el piso de Mado...

Raimondo deseando vengar la muerte de su hermana. Actuaba en alianza con Lena.

El bloque que empezaba en el 41 eran casitas de una sola planta. Todas iguales. A la inglesa. Jardincito delantero. Tres peldaños. Una puerta con llamador de bronce en forma de mano.

El coche azul estaría en el pequeño garaje. Lena curando a Ray... No podía yo adivinar que él era el que manejaba la metralleta.

La puerta se abrió de golpe. No fue el revólver apuntándome lo que me hizo respingar. Al fin y al cabo, tengo práctica.

Fue que no creo en fantasmas. Pero me asusté viendo el fantasma.

—Lo siento, Max.

El revólver era muy largo a causa del silenciador.

Si me moví fue porque mi fisiología es infinitamente más veloz que mi masa encefálica.

El disparo resonó tímido. Como una tos asmática. Clavándose el plomo en el techo del living-bar.

Cerré la puerta con el tacón, y seguí asiendo de la muñeca a Mado Bianchi.

CAPITULO XII

Los ojazos violetas expresaban mucho enfado. Estaba despampanante con su "baby-doll" color sandía. Le di otro empujoncito guardándome entre cinto y camisa el revólver con su apagador.

Mado Bianchi quedó sentada en un sillón. Me apoyé en la repisa de una chimenea. Se cubrió ella el rostro con ambas manos.

La única luz procedía de una pantalla sobre una mesita con libros. Había tres puertas.

Las fui abriendo. Un dormitorio, una cocina-comedor, un dormitorio improvisado. Sendos cuartitos de baño. Una escalerita posterior dando a un jardincillo.

El recorrido lo hice con inteligencia. Siempre con Mado delante. Silenciosa. Abrumada.

Volvíamos hacia el living-bar.

—¿Dónde está Ray?

—En Suiza.

Se sentó en un sofá. Volvió a cubrirse el rostro con las manos.

—La llevo recto a la policía, si sigue mintiendo. Hace apenas una hora vi a Ray con su 13-17-G azul.

—Salió de aquí a las once. Me dijo que no emprendiera el viaje hasta que me telefonease.

—Yo, mareado, pude creerme que estaba usted muerta. Pero la policía, el forense, la Prensa...

—Tuve que fingir ante usted para que Dambra me creyese muerta. Y lograr que usted escapase, persiguiendo a Ray, que no disparó a darle.

—Pero usted me recibió disparando... Repito, ¿cómo pudo la policía, el forense...? ¡Ey! El círculo rojo en la muñeca... ¡Usted y Enrico!

Si hasta entonces estaba impresionada por el fracaso de todo su incomprensible plan, empezaba a recobrase.

La luz violeta de sus enormes ojos me acarició de arriba abajo. Iba a seducirme. Murmuró:

—Si le explico todo, ¿me ayudará, Max?

—Vamos por partes. Si usted temía a Dambra, con irse a Suiza o a Finlandia... asunto terminado.

—La Mafia es como un pulpo, Max. Sus tentáculos llegan donde sea. Era preciso que creyeran que la desaparición de los ochocientos mil era obra de Enrico. Tenían sus sospechas... No sabían que Frank me entregó a mí el dinero, ordenándome me fuese con Ray a esperarle a Zurich. Mi hermano y yo supimos que Frank fue narcotizado por Enrico... Por eso me vio usted con él... Yo lo averigüé y esta noche mi hermano fue a saldar cuentas con Enrico.

—Mientes. ¡Y cállate un momento! —resoplé indignado—. Lo primero que tuvo que hacer y lo hizo, el experto Dambra, fue comprobar las coartadas. Debió comprobar que era imposible que Enrico estuviera en el "Montessio"... ¡Se acabó! ¡Tú y Ray lo planeasteis todo! ¡Ray se pintó un cerco en la muñeca!...

Se puso ella en pie. Espeté:

—Voy a llevarte a la comisaría más cercana. Vístete. Múdate.

Me obedeció. Sin moverse, alzó un hombro y resbaló el blusón. Alzó el otro y se quedó sin blusón.

Tras los globos oculares sentí un calor ecuatorial. Me aclaré la garganta y conminé:

—Rápido a vestirme. ¡Vamos!

Vino. Apoyó sus manos en mis hombros y sentí cómo su tibieza sedosa me atravesaba la ropa. Era pequeña y enlazó mi cuello atrayéndome la cabeza.

—Todos eran unos asesinos, Max —me sopló al oído.

Sus labios rozaban mi mejilla. Se incrustaba como una niña buscando protección. Una niña muy desarrollada.

—Estoy en tu poder, Max. Una sola palabra tuya me perdería. Ayúdame... Acompáñame. Seré para ti la esposa más sumisa.

—¿Esposa? —balé.

—Los cónyuges no pueden declarar en contra el uno del otro. Tengo cuatrocientos mil dólares, Max. Viviremos...

La así de la cintura, bien dispuesto a rechazarla. Me besó. Me han besado bastantes veces, pero nunca así. Era como si me filtrase lava por las venas y champaña por el esófago.

Cuando pude respirar un instante, maulló ella:

—Llévame en brazos, Max.

Un capricho es un capricho. La llevé en brazos hacia donde ella

señalaba con mano lánguida. Y al entrar en el dormitorio grande, gimió ella, encogiéndose.

La deposité en la cama. Y crucé los brazos, indignado.

Lena Ferris no me hacía ni caso. Después del culatazo con el que puso sangre en la dorada cabellera de Mado, la estaba tratando como si fuera un fardo.

Atándola con sábanas retorcidas. Y una sin retorcer envolviéndola desde la garganta al talle.

—Ya no aguanto más misterios, Honey. ¿Dónde está Ray?

—En comisaría. En la sala de intervenciones quirúrgicas.

—Yo no quise balearle...

—Baleaste la puerta, Maxi. Recogí el revólver de Dambra y cuando Ray iba a subir al coche, le taladré una pierna.

—Pero estaba reclinado en tu hombro.

—Un culatazo a tiempo evita complicaciones. ¿No viste que esta zorra se disponía a acariciarte, para coger su revólver y rellenarte de plomo, Maxi?

—No me hubiese dejado. Bueno, aclárame ya todo. Eres de la Interpol, ¿verdad?

—No.

Había cambiado su vestido rasgado por otro intacto. Gris estampado de flores. Me dijo que quería hablar a solas con Mado. Me negué.

Encendió ella un cigarrillo. Se aproximó a la ensabanada. Los ojazos violetas de Mado destellaban un terror animal...

Lena acercó el punto rojizo y encendido a una rodilla de Mado. Así por un codo a Lena.

—Deja que la policía se ocupe de interrogarla, Honey.

Volvió ella la carita. Y me dijo pausadamente:

—La policía me ha dado carta blanca para interrogar a esta mujer, Max. Ella fue la que envió a una amiga mía. Qué terminó suicidándose en una crisis de depresión producida por la droga. Juré que yo acabaría con esta mujer... No me importaba Luppó, ni Dambra, ni la Mafia... ¡Era a ésta a la que yo quería ver sufrir lo inaguantable! ¿No lo ves? Tan cerca de sus cientos de billetes... y agonizará días y noches en presidio... Espérame en la calle, Max. No vengas. No seré yo la que gritaré.

Esperé en la calle. El sueño me vencía. Unos policías muy

cortesés me dejaron dormir en uno de sus coches. Un comisario versallesco me hizo unas preguntas.

Lena había hecho una redada completa. Me prometió que desayunaríamos juntos. Era de verdad representante viajera de productos de belleza.

En Montreal conoció a Chad Kenton, que le dijo ser periodista, y aludió a que se disponía a pasar algún tiempo por la Riviera italiana. Era el mes de vacaciones de Lena, cuya amiga de la infancia, se suicidó en Génova.

Lena y Kenton reservaron habitaciones en el "Montessio". Kenton cuando Lena mencionó a su amiga, aludió a que Dambra sabía perfectamente quién convirtió en "cliente" de marihuana a su amiga.

Lena decidió investigar por su cuenta. Pero tenía que presentar alguna prueba contra Mado. Y en esas llegué yo.

El desayuno me despejó del todo. Y Lena repitió:

—Entonces llegaste tú. Y me enamoró tu valentía. La Mafia y yo nos vamos a enfrentar, parecías decir.

—Anoche, con tantas sorpresas seguidas, no comprendí algunas cosas.

—Roncabas a ratos, querido. Pero hasta roncando tienes la prestancia de un dios griego. La muerte de Mado la planeó ella con dos policías que percibieron cada uno veinte mil dólares. Mado convenció a Rossana Benedetti para que te narcotizase. Durmiendo tú, Mado y Ray le inyectaron a Rossana una dosis masiva de estimulante que le produjo un colapso cardíaco mortal. Tú recobraste el sentido y Mado con tu corbata en torno al cuello, se hace la estrangulada. No tienes tiempo de analizar, porque Ray dispara para atraerte. Los dos policías cómplices llaman a la puerta. Sales escapando. Los dos policías llevan la investigación y Rossana muerta es identificada por Ray como su hermana Mado. Y tú eres el testigo ante Dambra de que Mado murió.

—Cuando Buster y yo peleábamos en el camerino, ¿él disparó?...

—Yo.

—¿Dónde aprendiste a disparar?

—Por deporte.

—¿Por qué me dejaste adormilado en el "Montessio"?

—Para comprobar si Alida y Walter eran cómplices de Mado. No

lo eran.

—Pudiste interrogar tú a Enrico.

—Necesitaba recoger en su coche una libreta con direcciones. En ella figuran todos los distribuidores. En el coche estaba Dambra. El estaba convencido de que yo era la amiga de Chad Kenton, un mensajero de la Mafia. Pero Kenton antes de ser acribillado en Milán, dijo que yo era una simple amistad. Dambra me ató. Se imaginaba que yo era agente de la Represión de Tóxicos y que tú eras mi auxiliar.

—Nos salvamos por un pelo, Honey. La metralleta trazó cruces...

—Para que la policía creyera en cuestiones privadas mañosas.

—Lo que yo decía era que si la metralleta nos atina...

—Ray Bianchi sabedor de que la Mafia estaba ya convencida de que Mado no había tenido que ver en la desaparición de los ochocientos mil, puesto que dedujeron que el autor de dicha desaparición, era el mismo que había dado muerte a Mado, decidió eliminar a Dambra, Adrián y Buster. Por ellos le habían insinuado que no se ausentase de Génova hasta no encontrar al responsable de "complicarles la existencia", según decía Dambra.

—Luppo sabía que Enrico tenía un cerco rojo en la muñeca.

—Creyó que Enrico actuó por cuenta propia. Superfluo decirte que Ray se colocó un fino bramante rojo en torno a la muñeca. Para que lo viera Luppo. El abogado Balpetro quiso convencer a Luppo que no era Dambra el culpable. Pero Luppo pidió una investigación. Sabía que así la Mafia haría lo imposible para encontrar al culpable. No desconfiaba de Mado... El abogado Balpetro le pidió que renunciase a emplear un detective privado. Y Luppo besó en la mejilla a Balpetro para demostrar que no aceptaba la última orden. Creía que alguien de la organización tenía que haber participado en el robo y en su entrega. Ray y Mado lo planearon así para que no sospechase nadie de ellos.

—Asunto terminado, Honey. Deberías instalar una agencia de investigación internacional.

—He solicitado el permiso hace dos días. Con sede permanente en París. La ciudad de mis amores. Y tú eres el socio ideal, Maxi. Le telefoneé a Michel Darc. Reconoció que estando de por medio una mujer, tú...

Total, acepté. Me gusta más París que Marsella. Impuse una

condición:

—Necesito una esposa, Honey. Te consta que así a solas, todas me inspiran afecto, porque siento un afán de cariño insaciable...

—Yo te saciaré. Sin hartarte, Maxi. ¿Dónde pasaremos la luna de miel, dueño mío?

Dije que en las Islas del Mar Egeo. Lo pasé estupendo en las Islas Baleares.

FIN



NO IMPORTA MORIR

POR

BURTON HARE

Cerró silenciosamente la puerta. Yo dije:

—No me gusta tanta tranquilidad.

—¿Por qué?

—Si están tan interesados en acabar contigo deberían tener esto vigilado... Espera, no enciendas la luz.

Avancé a tientas hasta la ventana. La cortina estaba descorrida, de manera que pude espiar la calle sin impedimento alguno. Pero podía haberme ahorrado el trabajo. No había ni rastro de nada sospechoso.

—Tal vez creen que han terminado conmigo los del cabaret...

—Lo dudo —opiné—. Debían tener alguna señal convenida, o alguna manera de ponerse en contacto después del atentado. El silencio de los «torpedos» los habrá puesto en guardia... En fin, démonos prisa.

—¿Enciendo la luz?

—Sí... Creo que puedes hacerlo.

¡La sombra de la muerte le iba pisando los talones!

NO IMPORTA MORIR

*Novela de extraordinaria fuerza argumental
y una de las mejores obras de*

BURTON HARE

*Aparecerá en el próximo número de
SERVICIO SECRETO*

Complejos

Adolfo Sarabia

Freud descubrió el mundo de los complejos y mostró al hombre facetas inéditas de su personalidad.

Adler, Jung y otros agudos escudriñadores de la mente humana, han puesto límites y abierto nuevos cauces a su descubrimiento.

Hoy es posible condensar en un volumen lo que son, cómo surgen y de qué manera se superan los complejos más importantes, aquellos que todos podemos padecer y que acaso ocultemos furtivamente en el fondo de nuestra naturaleza.

¿Quién sabe si la inquietante pregunta que en secreto nos hemos formulado tantas veces no hallará su respuesta en estas páginas?



**MARABU
ZAS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

eso
tiene
VETERANO
un
VETERANO
sabor

VETERANO es de OSBORNE



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain